

CUENTOS EN CARRETA

Biblioteca Nacional de Guatemala
“Luis Cardoza y Aragón”

863.6

M437

Matute García-Salas, Mario René
Cuentos en carreta / Mario René Matute G.-
Guatemala: Editorial Cultura, 2018.
72 p.; (Colección Cuento Guatemalteco. Serie:
Augusto Monterroso

1. CUENTO GUATEMALTECO
 2. LITERATURA GUATEMALTECA
- I. t.

©Herederos de Mario René Matute, 2018

© Por la presente edición, Editorial Cultura, 2018

Diseño de portada: Alejandro Reyes

Ilustraciones interiores: Luis Alfredo Arango

Edición al cuidado de Vania Vargas y Miguel Ángel Guzmán Alvarado

Consejo asesor para las letras: Lic. Elías Jiménez
Director de Difusión

Escritores: Carmen Matute de Foncea
Gloria Hernández
Luis Méndez Salinas
Gerardo Guinea Diez
Julio Serrano Echeverría

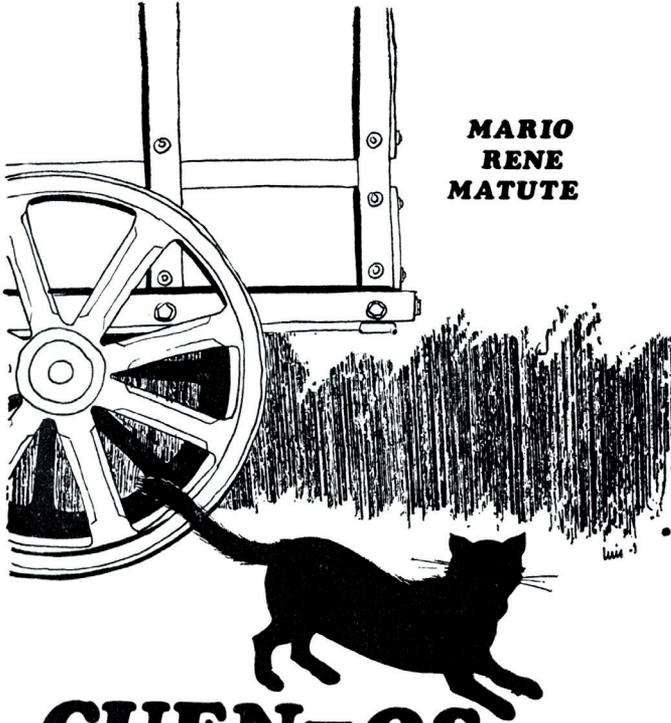
Una publicación de Editorial Cultura

Palacio Nacional de la Cultura, tercer nivel oficina 6, Guatemala.
editorialcultura@gmail.com

ISBN:

Impreso y hecho en Guatemala

Reservados todos los derechos. De conformidad con la ley (Artículo 274 del Código Penal), no está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.



**MARIO
RENE
MATUTE**

CUENTOS EN CARRETA

Colección Cuento Guatemalteco
Serie Augusto Monterroso No. 50

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES

Ministro de Cultura y Deportes
José Luis Chea Urruela

Viceministro de Cultura
Juan Alberto Monzón Esquivel

Director General de las Artes
José Roberto Zúñiga Ruiz

Editor
Francisco Morales Santos

ÍNDICE

Nota editorial	7
El carretero	/ 9
Tromposis	/ 13
Qué suerte caer preso	/ 16
Los calzoncillos de don Patrocinio	/ 19
La bruja	/ 21
El gato	/ 25
Onirismo	/ 28
El milagro	/ 30
Las hojas de Santo Domingo	/ 34
El diablo	/ 39
El revuelo de las mujeres	/ 42
El coronel Baqueta	/ 45
El cagao	/ 46
Un apellido a caballo	/ 49
Concurso: <i>¡Requiescat in pace!</i>	/ 50
El negro tizón	/ 52
El Italiano	/ 57
Sombras en la pared	/ 59
Puras ciegadas	/ 62
Mis viejos espantos	/ 67

NOTA EDITORIAL

Desde los lejanos días en que solíamos encontrarnos en los pasillos de la Universidad de San Carlos, el escritor Mario René Matute sabía compartir su entusiasmo por la vida: la jovialidad era su carta de presentación. La ceguera fue siempre un distintivo, no un problema: frecuentemente le sacaba partido con bromas. Lo más importante para él era alcanzar las metas que se proponía, y lo logró de la mejor manera, desde su educación temprana, hasta su paso por la universidad carolingia, donde se convirtió en el primer graduado universitario no vidente de Guatemala, en la rama de Psicología, ocasión en que presentó la tesis *El problema Psico-social de la ceguera*. En esa misma casa de estudios ocupó cargos docentes y administrativos, como los de Profesor de tiempo completo, Director de la División de Psicología en la escuela de Trabajo Social y Director de la División de Comunicación de la Dirección de Comunicaciones de la Dirección de Extensión Universitaria.

Otro de sus grandes logros fue haber escrito alrededor de diez obras literarias, entre las que siempre consideró este libro como uno de sus mejores logros. Editorial Cultura se complace en poner en manos de los admiradores de Mario René Matute García-Salas una nueva edición, la cual conserva los dibujos del escritor y dibujante Luis Alfredo Arango.

EL CARRETERO

Todo se encaja en un ritmo, en un orden sucesivo que torna y de nuevo se esfuma. Tal vez ya aquella carreta cansina no volverá con los soles gastados de las seis de la tarde, ni el olor a los ladrillos nuevos que recogía en la ladrillera del final de la calle. No retoñarán las flores de izote que hacían valla a su paso lento; ni los bueyes que iban dejando atrás el celaje al irse a dormir pasando bajo los cipreses... Pero todo parece rodar de nuevo, entrar por las esquinas con el canto en lo alto de una despreocupación y la carcajada festonada con un bigote de carbonero.

Dos carretas tenía y les había pintado sus nombres con carbón: “La Tamarindo” —en honor a un chucho que le había matado el tren— y “La Pedorra” —en honor a su mujer.

Don Celestín —capitán de sus carretas—, era más malcriado que el propio nombre que él se había inventado para asustar a las mujeres y que gustaba vociferar cuando volvía con sus tragos, encaramado en la carreta empujando sombras al anochecer: “Aquí va Celestínchandola cotuza” gritaba en cada esquina hasta llegar a la carbonería. Nunca se le olvidaba desenganchar los bueyes y dejarlos sueltos sobre la hojarasca. Allá en los grandes sitios del barrio, la noche se descolgaba de los altos jocotales y comenzaba a desmenuzarse entre las buganvillas...

Tres veces había estado preso. La primera fue en el Puerto de San José. Por poco pierde la carreta en una borrachera y menos mal, aquellas cárceles las construían de puras cañas viejas, de no haber sido así, no les hubiera dado alcance a los bueyes que la traían por Escuintla de regreso, solitos. Él los vio cuando pasó en la palangana de un camión y se sintió feliz del reencuentro. ¡Ah... si no hubiera sido por las cañas!... Lo metieron a puros empujones y lo dejaron dormido sobre la arena del último cuartito —era la cárcel de la playa, donde meten a los bolos que se bañan y a los que sacan ya ahogados—. Don Celestín se puso de pie a la medianoche, pensando en un coco para calmar su sed y al recostarse en la endeble pared, quedó automáticamente libre porque las cañas cedieron y él cayó sentado fuera de la cárcel...

La segunda vez fue por no entregar a tiempo un poco de madera. Estaba jugando cuchumbo en el parque de la población a donde la había llevado y allí lo detuvieron. Menos mal, a los “chontes —como él decía— les gustaba la cushusha y sabía dónde conseguirla”. Los líos de juzgado duraron algunas semanas, pero se recuperó la madera y a él lo dieron libre por “lealtad a la custodia” ya que por décima vez volvía con el policía cargado en la derecha y el rifle en la izquierda.

La tercera vez —contaba—, lo metieron al bote igual que a Jesús, un Jueves Santo —y agregaba—: “A aquél lo metieron por andar desarmado cuando le cayó la patrulla de judíos. En cambio, a mí, me metieron por volar machete contra el mismo Jesús”.

En aquella zona del país, en cada aldea se monta todo un teatro popular colectivo para Semana Santa, en el cual la masa es espectadora y actora. Los personajes de la Pasión son gentes vivas y las acciones se desenvuelven en las calles.

Don Celestín era Cirineo en aquella ocasión y andaba celebrándolo con Jesús. Fueron a parar donde la Virgen Santísima y allí se pusieron a bailar con la Magdalena y la Verónica. Pocas horas faltaban para que de la iglesia saliera el grupo de centuriones que debían prender al Salvador —así se llamaba el que hacía de Jesús “Salvador Leberón”—, cuando a alguien se le ocurrió la idea de picar a los de la aldea vecina.

“Si siempre querían competencia en la feria, en el fútbol, en las patojas, en las domas de potros, había que demostrarles que los trajes de aquella procesión no tenían rival en todos los alrededores”.

Se fueron, pues, a buscar al otro Jesús y lo encontraron en el atrio de la iglesia vecina. El primero que habló fue el Jesús de don Celestín (el mero Salvador Leberón):

—“A ver qué Jesús es más diahuevo, Canchito” —le dijo y escupió en el suelo.

El otro Jesús respondió más bravo todavía:

—¡Achís, la mierda! Si lo decís por los trapos que traes con tus parroquiales, sabé que nosotros tenemos con costuras de puro oro...

—¡Enseñalos, pues, enseñalos!

—Lo que te guá enseñar es el machete. Vos debís saber que cada Jesús en su gallinero para no estarte metiendo en territorios ajenos.

Y allí fue la trifulca: Nazarenos, San Juanes, Cirineos, Vírgenes de toda clase, centuriones y pueblo en general, abrieron un combate que sólo un refuerzo, traído de otras poblaciones, pudo detener y que dejó el saldo de un Jesús herido, tres judíos apaleados, una virgen desflorada, puesto que perdió su guirnalda en la batalla, el marido de otra virgen con el brazo quebrado y todo el mundo en la cárcel.

Al día siguiente no hubo procesión por la mañana ni tampoco la del Santo Entierro por la tarde. A la hora de la crucifixión, Poncio Pilato le regalaba a Jesús una tortilla fría que le habían traído en el almuerzo hasta la calle que estaban empedrando todos los entunicados presos en el centro de la población...

A medida que las ruedas de su carreta iban desenrollando el día sobre la tierra, don Celestín iba soltando sus historias desde su puesto de capitán. Ya le hacíamos falta como compañía, tal vez para no andar cargando soledad en la carreta. Por eso preguntaba a veces desde lo alto y por encima de la tapia, espiando en nuestra casa:

—¿No están ahora los patojos jodidos?

Era más malcriado que el nombre que se había inventado, pero sus cuentos nos entretenían largamente. No sólo a nosotros —mi hermano y yo—, también entretenía a los presos cuando íbamos a recoger adobes al predio donde aquéllos los hacían custodiados por soldados.

Le gustaba soltar la mirada por todo aquel paraje frío y enlodado; cuadrículaba el gesto, la palabra y los silencios a la medida de los adobes; se hundía en el fango y parecía sentirse muy a gusto al percibir cómo la tarde se derramaba tras los cipresales.

Muchas veces nos alcanzaba la noche todavía desdoblado narraciones. Eran como lienzos en los que la palabra de don Celestín iba componiendo la filigrana de hechos pasados. Los presos se iban formados en medio de dos filas de soldados aburridos; sus sombras con color a tortilla vieja se achicaban lentamente al subir

por La Barranquilla. Las señoras de manto echaban su bendición y algunos chiquillos les llevaban panes y centavos que ellos recibían con ademán silencioso.

¡Pobres presos! A veces se reían con los cuentos que el carretero les contaba y trataban de prolongar su permanencia en el fangal aquel donde hacían adobes, pero los soldados siempre se los llevaban.

Después el barrio con ese encogido sentimiento de soledad en el pecho. Así volvíamos siempre que íbamos con los presos. Hasta que un día no llegaron más y en aquel lugar comenzaron a construir casas modernas. Con aquel toque de progreso, el barrio saltó a las fronteras de una nueva etapa.

Las calles comenzaron a pavimentarse, los basureros se convertían en “áreas verdes”, las barracas eran demolidas y las viejas casonas se sustituían por edificios multifamiliares. ¡Pobres mis viejos jocotales, mis flores de izote, mis flores de pascua y mis claveles de aire de los cercados! Todo aquello parecía empujar fuera de escena a las carretas de nuestro amigo. Un día dijo con tristeza: — “El asfalto no es comida pa’ carretas”. El cloc cloc de los ejes comenzó a buscar las calles más silenciosas, las que aún quedaban de tierra. La ladrillera se trasladó a orillas de un barranco alejado; los presos no volvieron más; los árboles escaseaban. Los ojos se le iban secando a don Celestín y sus cuentos se fueron haciendo más tristes cuando nos llevaba en su carreta. Tuvo que alargar los viajes — ya se le reventaban como pitas podridas de tan estiradas—, hasta pueblitos cercanos a la capital. Volvía más tarde, cada vez, y salía de madrugada. Todavía le oí pasar una vez como a las cuatro de la mañana: iba cantando sobre la carreta —como cuando volvía bolo—, acostado en el heno.

Hacía varios meses que las estufas habían cerrado la carbonera y luego de vender el pedacito de terreno se fue aquella mañana sin despedirse en serio. Sólo cuando pasó frente a la tapia de nuestra casa nos gritó despertando a las gallinas: “Se va Celestínchandola-cotuza, patojos jodidos, no me olviden”.

Su canto dobló la esquina y cuando lo buscamos más tarde, sólo encontramos el recuerdo de sus cuentos al pie del último jocotal.

TROMPOSIS

Era tal vez como decía la abuela: “Los patojos que se morían de tromposis salían a la medianoche a bailar sus corazones a la esquina”. La fiebre iba entrando despacito, como polilla, como se meten los ratones a las casas sin gato, hasta que el cerebro ya no podía permanecer tranquilo y le daba por bailarlo todo.

Seguramente que Dios, cuando era chiquito, también tuvo tromposis y por eso puso a girar al mundo, al sol y las estrellas. Debió ser una cuerda muy grande la suya para poder enrollar tanto en el firmamento. Y debió ser una tromposis muy universal, puesto que a todo le agarró por girar y girar.

Los patojos principiaban por olvidarse de todo. El trompo era su única preocupación. Ya no querían saber de clases, ni de libros, ni de hacer mandados, ni nada. Sólo trompo y trompo todo el día. El trompo les iba carcomiendo el corazón hasta que un día se levantaban con las cosas cambiadas: el corazón en el bolsillo y el trompo dentro del pecho.

Era fregada la tromposis. Y lo peor es que se contagiaba con gran facilidad. A veces bastaba con pasar por un grupo donde estuvieran bailando un trompo, para que ya el gusanito comenzara a carcomer —dulcemente—, las entrañas; en el barrio casi todos los patojos estaban enfermos: había epidemia de tromposis en todas las casas y en todas las calles. Hasta los hijos del doctor, que siempre andaban con los zapatos lustrados y usaban pantalón rabón, les fue entrando el mal. Les pegó a tal punto, que una tarde uno de ellos, el mayor, se pasó llorando por su trompo como dos horas recostado en el poste —de verdad parecía que lloraba ya por su corazón—. Se lo había llevado el más bailador de todos, un patojo chiquito, al que los demás llamaban Tamalito, por ser hijo de una tamalera. Lustraba a veces en algún parque del centro y volvía por la tarde, con cientos de campanas en los hombros y muchos trompos a puro golpe de suerte; sin embargo, desde que la tromposis entró en el barrio, Tamalito ya no quería quitarse de la esquina, se estaba allí desde la mañana —no iba a la escuela, ni lustraba—; los escobazos que le caían parecía

ni sentirlos. Definitivamente estaba gravemente trompósico. Le gustaba apostar y casi siempre ganaba, tenía muchos trompos y con todos jugaba igual, aquella tarde había apostado con el hijo del doctor y lo ganó; lo dejó sin corazón...

Cada vez vivían menos, a medida que la tromposis avanzaba, los patojos trataban de bailar todas las cosas. Pero lo peor es que les iba entrando una especie de sonambulismo... al principio sólo se sentaban en la cama y sólo eran los sueños los que les giraban en la cabeza; después ellos mismos se enrollaban en una pita larga y comenzaban a girar dormidos; más tarde espiaban en la puerta y salían a la calle, allí hacían girar el viento —de allí viene tanto remolino de polvo que se hace en las esquinas—, llegaban a tener poderes enormes, a tal punto que podían hacer girar a las estrellas —por culpa de ellos se descomponía a veces el universo y las constelaciones amanecían al revés, porque en sus juegos nocturnos, olvidaban dejarlo todo como estaba al principio—, y es que cuando el policia atecolotado que cuidaba aquellas esquinas se aparecía por allí, todos regresaban girando hasta la puerta de su casa y allí se hundían de nuevo en sus sueños giratorios.

Después cuando se morían sin morirse, apostaban con sus corazones bailándolos en las esquinas; al día siguiente revivían, pero sólo a medias, porque ya la vida les había dado vuelta y estaban también al revés como las constelaciones.

Fue aquella noche, después de que Tamalito le ganó el corazón al hijo del doctor; los trompósicos comenzaban a salir a las puertas: unos giraban en un pie, otros lanzaban luceros y otros enrollaban con sus cuerdas al viento. El hijo del doctor también salió a la calle —estaba seriamente trompósico, pero andaba en busca de su corazón—. Tamalito ya giraba cuatro de sus corazones de madera a media esquina, allí fue aquella girándula de muerte...

El hijo del doctor comenzó a girarle alrededor, como bailando; el patojo pequeño comenzó a seguirle con los ojos primero, después con todo el cuerpo. Era como una danza mágica de los niños sin corazón...

El hijo del doctor silbaba, silbaba. Tamalito comenzaba a seguirle los pasos. Después el hijo del doctor comenzó a recoger

los corazones de madera y “se los echó a la uña..., a las uñas...” Entonces fue el otro quien lloró:

Comenzaron a trenzarse los brazos sin dejar de girar y silbar. Allí se estuvieron hasta que el sol salió y los encontró ya sin fuerzas, gastados, como más chiquititos de tanto dar vueltas por culpa de la tromposis.

De tanto forcejar y dar vueltas, la cuerda se les enredó en las cabezas y los trompos les quedaron pegados a la frente. “Tromposis coronaria” —dijo el doctor— y menos mal que eran patojos y pudo desenredarles las cuerdas, porque cuando les da a los grandes, se enrollan con tanta fuerza que ya nadie puede desenredarlos.

Después todos tuvimos miedo y, poco a poco, fueron volviendo nuestros corazones al pecho y nuestros trompos al bolsillo.

¡QUÉ SUERTE CAER PRESO!

La suerte —científicamente definida—, no es sino la contingencia de la ley de las probabilidades, la mayor parte de veces, inducidas por un acondicionamiento adecuado del hacer humano. Con todo, nadie podría creer que eso de caer preso durante una de las más férreas tiranías que han hecho de nuestra historia un graderío de sangre, injusticias y dolor, pudiera ser el condicionamiento de la ley de las probabilidades; sin embargo don Crisóstomo así lo creía y lo confirmaba con los hechos.

Fue el encarcelamiento de don Crisóstomo la raíz del enorme cariño que le tengo a nuestra vieja casona. Vean ustedes: Mi padre había conseguido un trabajito en el Correo Central y ello había reunido a la familia. Nosotros habíamos dejado la casa pueblerina de la tía y reunidos de nuevo con mi padre que también había dejado su empleo como vista en un puerto lejano, nos volvimos a la capital.

Aquello está tan remoto que los recuerdos quizá se asienten más en ulteriores narraciones que en las puras vivencias; sin embargo, hay dos o tres imágenes que por su impresión, subsisten con perfiles sumamente precisos. Una de ellas es la llegada a la casona —hoy nuestra, entonces, propiedad de don Crisóstomo—. Allí nos daban posada porque don Crisóstomo era buen amigo de mi padre y jefe de su oficina.

Otra imagen imborrable es la de la noche en que mi padre llegó pálido y agitado contando que por alguna razón confusa, habían apresado a dos buenos compañeros: don Crisóstomo y otro señor. Eran órdenes del tirano y ello hacía temblar a cualquiera.

A partir de aquel día nefasto, nuestra amistad con los hijos de don Crisóstomo creció hasta lo indestructible. Yo veía a la señora de aquel amigo de mi padre en compañía de mi madre con portaviandas, rumbo a la cárcel todos los días. No sé cuánto duró aquel trajín, pero, a través de él la solidaridad de las dos familias se estrechó en una tibia unidad que aún persiste.

Hacia algunos meses que se había celebrado el famoso juicio de los dos ladrones. Se trataba de dos extranjeros que habían robado

una cantidad fuerte de dinero y que, a pesar de las torturas, las amenazas y hasta el fusilamiento ordenado por el déspota, no confesaron jamás a quién habían entregado la plata sustraída de las arcas de un ministerio. Como recuerdo, en la cárcel se guardaban los colchones de aquellos pobres aventureros que terminaron con sus huesos en tierras lejanas de su país y que hoy reposan bajo una cruz de palo en el Cementerio de La Verbena.

Como don Crisóstomo y su compañero tenían cierto porte distinguido, el alcaide dispuso que durmieran en colchón y para ello les fueron entregados los que habían dejado de herencia los ladrones extranjeros.

Un día mi padre consiguió un poco de dinero y sabiendo que en la cárcel es más útil que en ninguna otra parte, se lo envió a don Crisóstomo. Esa noche él quiso guardarlo en el colchón para tenerlo más seguro, puesto que en un lugar así, se está siempre rodeado de peligros y, un poco de dinero, si bien puede facilitar la existencia, significa también una tentación que puede mover hasta el mismo crimen.

Ya por aquellos días se estaba ventilando, de manera favorable, el caso de Correos y sabiendo el tirano que sólo se trataba de un equívoco y una mala información, ordenó la libertad de los dos presos a los pocos días.

Con suma extrañeza, pero sin muchos comentarios, la esposa de don Crisóstomo y mi madre, cargaron un día con sendos colchones nuevos que los dos amigos presos dejaron en la cárcel, a cambio de los que habían estado utilizando y que se llevaron según le explicaron al alcaide, “como un recuerdo de sus días tristes”.

Otra imagen que permanece viva en la memoria, es la de don Crisóstomo con su colchón al hombro. Las bromas de todos en la casa, recomendándole que se bañara para quitarse las pulgas, diciéndole que después de tres meses no iba a salir del cuarto en ocho días, ni iba a dejar que saliera su mujer; la botella de ron sobre la mesa y luego la revelación de don Crisóstomo. Con un cortaplumas rasgó el colchón de punta a punta: era un sandwich de paja arriba, paja abajo y plata en medio. Miles de pesos brincaron por todo el cuarto. Don Crisóstomo bailaba, se volvía a

tender sobre el colchón, aplaudía, se bebía otro trago de ron y reía.

Por último, dijo muy emocionado, dirigiéndose a mi padre: “Gracias a ustedes mis patojos tuvieron siempre con quién jugar, mi mujer no estuvo sola y yo tuve que comer todos los días. Esta casa voy a vendérselas muy barata, porque yo me compraré el chaletito con que siempre he soñado”.

LOS CALZONCILLOS DE DON PATROCINIO

Hay algunas tardes de domingo especialmente aburridas; en ellas se engrasan los ejes de la imaginación para ensamblar travesuras y ejecutar hazañas que le cambien el color a las horas amarillentas que caen como hojarasca sobre el barrio.

Todos habíamos participado de aquella singular apuesta. Desde la acera donde estábamos sentados, con el domingo pesado derriéndose a lo largo de las callejas, podían muy bien apreciarse las banderolas que hacían muecas y señales desde el lazo tendadero de Nía Olimpia. La ropa se sacudía de vez en cuando en estremecimientos aburridos, cuando el aire pasaba sus dedos como sobre un piano mudo, haciendo escalas de varios colores y figuras: los trapos interiores eran los que más llamaban la atención. Nía Olimpia lavaba para mucha gente y poco a poco fue prendiendo la idea de adivinar a quién pertenecía cada prenda que se movía allí, a golpe de céfiro.

Era casi indudable que los calzones rosados, grandotes, eran de doña Tomasona —cuestión de cálculos y medidas—; los de encaje con piquito a la orilla, podrían ser de la Julieta —hasta parecía que el aire trajera su olor de dieciséis años que tenía toques de jazmín viviente—. Claro que los mayores del grupo hacían alusiones indecorosas y mezclas imaginarias con toda suerte de estimulantes olfativos, incluyendo las almejas y otros animales caros que sólo en los restaurantes de lujo se les podía encontrar. Pero a mí me parecía el estuche de un arca secreta, llenándose de sol, como sin duda se llenaría de energía cuando la dueña lo llevaba puesto. El problema era imaginar a qué hora y cómo se lo quitaría... O a lo mejor con la ayuda de quién...

Enclavado en estas cavilaciones estaba mi corazón —enamorado voluntario y colaborador *ad honorem* ya desde entonces, de todos los movimientos de aquellas banderolas, ya cuando están en el lazo, ya cuando están en otras partes—, cuando comenzó la discusión sobre un largo calzoncillo que compartía felizmente espacio con aquellas prendas en el tendadero.

Algunos aseguraban que era de don Fulano, otros que de don

Mengano. Total, alguien propuso probar que se trataba de los mismos calzoncillos de don Patrocinio.

El plan comenzó a elaborarse rápidamente y más rápidamente se puso en marcha. La culpa la tuvo el aburrimiento dominguero. Don Patrocinio dormía todos los domingos por la tarde y se enojaba mucho si lo despertaban. Fue preciso fingir una fuerza natural superior a nuestras voces, para sacarlo de casa.

Amontonamos muchos papeles viejos, taponando las gárgolas de hojalata que caían en las cuatro esquinas del barracón. A un mismo tiempo les dimos fuego y el humo que se resbaló hacia el interior comenzó a producir una sacudida de todo el enlaminado que cualquiera hubiera jurado que se trataba de un terremoto. Como era de esperarse, don Patrocinio se despertó y salió por una ventana gritando: ¡Terremoto, terremoto!...

Pero en lugar de comprobar a ciencia cierta si tenía puesto otro calzoncillo, igual al que colgaba en el lazo, lo cual hubiera confirmado la tesis de que aquél era suyo, o bien, en caso de que se hubiera mostrado en total ausencia de aquella prenda también se hubiera confirmado, puesto que en ese caso se trataría del único que poseía, lo que descubrimos fue algo más interesante.

De la barracona de don Patrocinio, huyendo por el terremoto y con otro calzoncito de piquitos en la mano, salió la Julieta, en una sola carrera que la llevó tan lejos que no la volvimos a ver por el barrio, sino hasta que trajo otra Julietía que dicen que lleva el apellido de don Patrocinio.

LA BRUJA

Debe haber nacido de setenta años en un día en que los relojes estaban paralizados. Vino al mundo con su guitarra y su cigarrillo de tusa. Los zapatos rotos y más que gastados son los que le sirven para sus conversiones nocturnas.

Se llama Jova y su fama de partera disimula perfectamente su verdadera profesión.

Los viernes, por la noche, fuma puro y reza oraciones al revés, con ello trastoca todo el acontecer del barrio. Es capaz de convertir en gatos a los adolescentes y con sus bebedizos, les barniza de una engañosa hermosura toda la estampa a las viejas que quieren salir a la conquista de algún amor juvenil. Hace enfrascamientos y compuestos, sabe canciones en lenguas extrañas para dormir a la gente por un año o más y, cuando se le planta la gana, se encierra en su cuarto para salir, al cabo de un rato, convertida en grácil muchacha que luego vuelve con alguna presa masculina, que allá por la madrugada, se aleja por los sitios convertida en tacuazín.

En la zarabanda los bailadores son como moléculas de un ritmo sudoroso, oloroso a soldado y vaselina barata. Allí rebotaba la bruja cuando la apresó la policía. La condujeron hasta la demarcación y allí la dejaron sentada en una banca fría, en tanto amanecía y llegaba el jefe para el primer interrogatorio y la respectiva consignación a un juzgado criminal.

Hacía dos meses que una mujer había muerto de parto en casa de la bruja. El niño, según el parte, también había muerto. Se le había enterrado juntos, en el mismo cajón de pino. Pero resultaba que aquella madrugada una vecina escuchó lloriqueos de recién nacido y espío por entre las rendijas de una de las paredes laterales de la casa. En la cama de la bruja estaba el infante como una pelotita de carne rosada.

Después, la llegada de los policías, las llamadas violentas y los culatazos en la puerta hasta tumbarla; el informe de otro vecino que dijo haberla visto en la zarabanda y el resto...

La bruja comenzó por examinar todos los adminículos que había recogido en su casa y que habían colocado cerca de la banca.

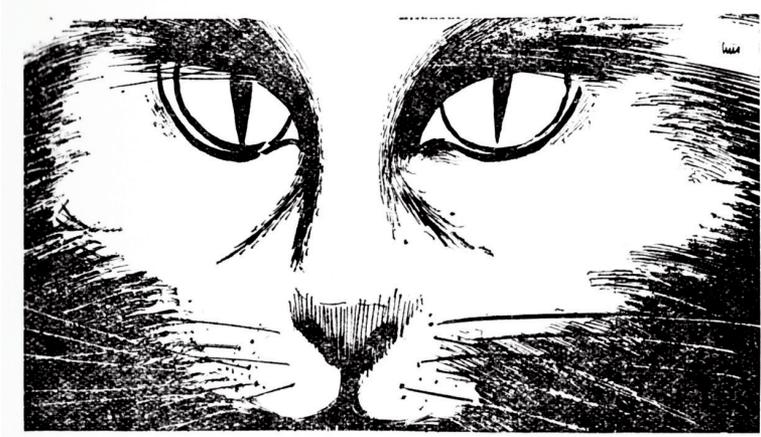
Sobre un montón de ropa vieja estaba el chiquillo y junto a él, un paquete que despertó la alegría de la vieja. Se aproximó y solicitó permiso para calzarse sus zapatos viejos. Dejó los de tacón puntiagudos y se encajó los raídos, después tomó al niño, y meciéndolo blandamente en sus brazos, se aproximó a la puerta.

Un policía escribía el inventario de todo lo encontrado en el registro:

Frascos con aguas aromáticas, incienso, puros, ceniza amontonada, cabellos humanos trenzados, uñas en un pequeño frasco; una mesa en forma de altar y una polea con dos carriles y dos correas donde colgaba a las parturientas a mitad del cuarto; los extremos de las correas se fijaban a una vigueta que está al fondo de la habitación empotrada en las paredes.

La mujer muerta hacía dos meses, había expirado en aquel aparato terrible dando de gritos. Luego la misma bruja había comprado el cajón y había enterrado con ella un bultito de trapos en lugar de la criatura. Siempre había querido ser madre y le llegó la ocasión, pero el niño se le olvidó en su borrachera y por eso la habían descubierto. Ahora estaba meciéndolo en la sala de la policía, se aproximaba cada vez más a la puerta, pronunciando palabras: en un murmullo monótono y jadeante. De pronto, en una carrerita como las de las cigüeñas antes de emprender el vuelo, se lanzó hacia la calle y con estupor, los policías vieron elevarse a una lechuza, que girando en el aire, lanzó dos largos silbidos y se alejó: Tarde soltaron varios disparos al aire. La bruja se había llevado para siempre a su muchachito.

En las noches vuelve a su antigua casa —hoy abandonada—, todo el mundo la oye llegar entre silbido y silbido y cuando descubre algún policía apostado por allí cerca, le lanza ladrillos que nunca se sabe de dónde salen...



EL GATO*

Siempre que el tío cachureco nos arreaba a pie hasta la Antigua, encontrábamos aquella carreta solitaria, sin carga ni carretero. Sus ejes no hacían ruido, parecía deslizarse como si llevara las ruedas forradas de sombras. Se iba asomando desde la madrugada y dejaba un tufo a espanto que no se dejaba de sentir en toda la carretera.

Fue por ese contacto que pude ingresar al plano más desconocido y profundo de aquella ciudad. Porque todas las ciudades tienen diferentes planos de realidad, de existencia.

Generalmente nos desplazamos en un plano superficial donde las imágenes son exactamente correspondientes a los sentidos: el sol, el agua, los parques, el escupitajo del borracho, el insulto de la cholovera, el desparramado entremezclarse de gritos, aromas y apretones de los mercados; la piel de una niña con color a miel de abejas...

A veces logramos bajar a un plano menos superficial y entonces sentimos los palmoteos de los duendes al perseguir la corriente, la risa de las caracolas en la fuente del patio, el lenguaje de los perros al atardecer...

Pero muy raras veces llegamos a conjugarnos con todo un ambiente oscuro, sin fronteras, volviéndonos amigos o enemigos de sus habitantes. Para llegar allí se hace necesario poner al revés la noche y los sentidos y salir para adentro del futuro en busca del pasado.

Fue mi amigo el gato, un muchachito delgado, de ojos flamígeramente verdes, el que me enseñó el camino.

Nos dejaron por perdidos aquella última vez, entre las ruinas. El tío cachureco no quiso volver a llevarnos después del susto.

El gato me había conducido hasta el ámbito aquel de muros silenciosos, altos como una amenaza. Nunca lo había visto antes, pero aquel día se nos pegó en el camino y se hizo mi amigo. Me enseñaba atajos desconocidos y hacía gala de una agilidad extraordinaria, saltando de una piedra a otra, de un árbol a otro. Dejamos bien lejos a los componentes del grupo y entonces, mientras se rascaba el lomo contra un tronco seco, me contó que

* Segundo lugar en el certamen "Juegos Florales de Quetzaltenango", 1971.

le decían el gato. Se reía con sus dientecitos afilados y su vocecita delgada.

Dentro de las ruinas y cuando el guardián había cerrado el tremendo portón, comenzó a correr por la orilla de los muros. A ratos se me desaparecía y, al cabo de un momento, volvía a aparecer dando cabriolas y riéndose sin parar. No tomaba siquiera en cuenta mis ruegos para volver. Se conformó con bajar y decirme: — “Yo sé cómo salir de aquí. Espera que anochezca bien, te voy a enseñar el escondite donde duerme la carreta silenciosa”.

La curiosidad me picó y aguardé sin protestar.

Cuando la luna se fijó entre dos nubes lentas, mi amigo el gato saltó de una ventana, cayó a mi lado sin hacer ningún ruido y luego me invitó:

—Vení, pues, te voy a enseñar el tiempo al revés.

Yo lo seguí lentamente; ingresamos a un pasillo lleno de hojarasca que en un tiempo debió ser una salida de servicio del convento hacia la calle, pero que ahora se hacía molde para los silencios, mientras retrocedía con sus telarañas hacia el pasado, espiado apenas por un árbol que se doblaba sobre el muro y que dejaba caer sobre él el remolino de sus hojas muertas.

El gato se detuvo y me dijo:

—Aquí tenés que dejar el miedo. Soltá una meada dando vueltas y después brincás para afuera, en ese círculo se queda tu miedo para siempre...

Le obedecí. Él también orinó y mientras lo hacía, una pestilencia a meados de gato fue ocupando todos los golpes de aire.

Yo sabía que por aquella puerta saldríamos a la calle, sin embargo, cuando el gato la hizo girar suavemente, lo que apareció frente a mí fue una lujosa casa colonial iluminada por lámparas de aceite. Ingresé, contemplé los rostros adustos de los santos que dormían de pie en las hornacinas del zaguán para carruajes. Apoyado contra un contrafuerte que angostaba el paso al corredor, un enmohecido cañón despedía aún olor a pólvora.

Las gárgolas que bajaban de la azotea española, en cada arcada del corredor, botaban sobre planchas de cemento un agua llovida seguramente hacía cinco siglos.

Una diligencia se detuvo frente a la puerta y el gato me murmuró

al oído:

—Ya vienen los muertos.

Los muertos entraron riendo y jugueteando, empujando baúles y saludando a los muertos de adentro. Dos corrieron al excusado y comenzaron a pujar, sentados a la par en aquel bancón de hoyos en fila —había como para diez caganzales juntos...

Todo fue culpa del gato por travieso. A mí no se me hubiera ocurrido nunca. Además, ya nos habían entrado al comedorón y nos habían dado una copita de anisado ultra añejo —sabor de siglos idos—, para el frío de la lluvia que continuaba cayendo. Pero al gato le brillaron los ojos cuando el muerto viejito pidió papel a gritos desde el fondo de la casa. Me arrebató la mochila y extrajo rápidamente de ella los cuadritos de papel que el tío cachureco nos obligaba a llevar a las excursiones por aquello de las necesidades en el camino. El desventurado gato abrió el frasquito de chile cobanero en polvo, que yo llevaba para el tío y roció adecuadamente todas las hojas. Después, en actitud solícita, corrió hasta el excusado y entregó por debajo de la puerta el pequeño encargo al muerto cagón...

¡Qué susto y qué cosa fea! El muerto salió con espuma en la boca, preguntando por el patojo carajo que le había enchilado el fondillo. Daba saltos y bramaba, acuclillándose y tratando de darse un baño de asiento en la pileta del patio. Después ya no sé más... Nos llevaron al patio trasero de los muertos. Allí un carretero triste componía su carga en la carreta silenciosa. La reconocí por las dos franjas negras y el terciopelo en un rayo de las ruedas.

Nos amarraron y nos encaramaron en el vehículo. El carretero dijo que tenía que viajar por varios siglos para dejarme donde él me había encontrado varias veces. Después siguió trabajando hasta que un heno con tufo a espanto llenó por completo la carreta. Nos pusimos en marcha. Salimos al aire fresco de la vida y como a las cuatro de la mañana del día siguiente, yo sentí que la soga se aflojaba y pude menearme. Al darme vuelta vi un gato que saltaba ágilmente de la carreta, despidiéndose con un prolongado maullido. La carreta iba sola, conmigo adentro. Salté de ella y busqué las casas del Guarda para pedir café y esperar que comenzaran a circular las camionetas para poder volver a casa.

ONIRISMO

Todo era extraño y, sin embargo, oscuramente familiar.

Acababa de despertarme; estaba acostado sobre la mesa de la cocina entre botes de café, azúcar, pan frío y especias olorosas. No sentía miedo aunque el corazón me latía fuertemente, como si acabara de llegar a la cima de una cuesta en una esforzada carrera. A mi derecha estaba la pequeña alacena de madera con sus dos compartimientos y su gavetita corrediza.

El viento decembrino, frío y absurdo, rodaba en moles informes sobre los tejados; por la ventana ingresaba el golpe rotundo de una negrura de varias capas que parecía pesar como petróleo. Era evidente que la temperatura era muy baja, pero yo me sentía confortable.

Palpé mi pijama de franela, despedía un tenue calorcito agradable. Mi tacto se sometía a una dimensión realmente experimentada hasta entonces. No era asunto de un tiempo ni de superficies planas, no era la simple textura de las cosas lo que captaba. Nuevas posibilidades se despertaban gratuitamente, como elementos bien conocidos por mis hábitos, sin que en realidad los hubiera practicado jamás. Había un ritmo en el movimiento de las cosas y yo podía viajar hacia adentro y hacia afuera de todo, fundirme en las espirales atómicas, perseguir ruidos imperceptibles hasta entonces, integrarme a cuerpos extraños y desaparecer en una carrera en la que el tiempo, respondiendo a coordenadas bien diferentes, transcurría mucho más lento. Y yo podía establecer la diferencia entre ese tiempo y el del mundo que había dejado con el sueño. Con el sueño...

Recordé que estaba de vacaciones a más de cien kilómetros de mi casa y que por lo tanto, nada tenía que estar haciendo en la cocina hogareña en aquella madrugada.

Abrí la pequeña gaveta de la alacena y extraje el anillo de diamantes de mamá, lo coloqué en la bolsa de la camisa, y con la tranquilidad que a menudo encuentro en los sueños angustiosos, pensé que era sólo un sueño y me decidí a seguir durmiendo.

La segunda vez que desperté estaba en casa de mis abuelos, a más de cien kilómetros de la ciudad.

Una vocinglería desacostumbrada me despabiló totalmente. Se destacaba el llanto de mamá. Me asomé descalzo al corredor y allí comprobé los hechos:

Un policía exponía que alguien había roto las cerraduras de la casa y que muy de madrugada había penetrado y saqueado todo.

Mamá se lamentaba por su anillo, el único recuerdo de mi padre —decía—, por lo demás todos los objetos en conjunto no tenían valor. Irreflexivamente me toqué el corazón y sentí la tierna presión de un círculo de oro, prendido al engarce precioso, donde un diamante de ocho lados reflejaba todo el recuerdo de mi padre.

EL MILAGRO

Las tardes domingueras se cuajaban sobre la ciudad; blandamente golpeaban contra el horizonte las irregularidades de los contrafuertes serranos que bordean el valle. En el aire se detenía el dibujo impreciso, siempre ágil y cambiante del cuadro futbolero. A veces la superficie del llano se sostenía en un suspenso palpitante, mientras el balón trazaba una curva, en arco perpendicular al sol que se caía entre carcajadas doradas. Junto a los cipreses del fondo, bajo su sombra espesa, los novios alargaban besos y caricias verdes...

Los fofos patadones distribuidos aquí y allá, los gritos, las carreras, el sudor, el jadeo, las interjecciones y las palabrotas iban tatuando con su oleaje y vocinglería al lienzo vital del crepúsculo que se calculaba en goles y tensión muscular.

Las porterías improvisadas con dos ramas medio sembradas en la tierra y otra transversal atada con lazos en ambos extremos, dividían la tarde en tres estancias: el escenario del forcejeo, los cálculos, las exclamaciones, las idas y venidas y las dos partes extremas que se perforaban de júbilo o contrariedad con cada gol, según el bando anotador.

Casi todos los del otro barrio eran calzados y eso ponía más pesado su flanco contra el nuestro. Se nos venían encima con alevosa jactancia, que les permitía un drible en apariencia más limpio, porque nos paralizaban a menudo. Lo cierto es que nos llevaban dos a cero.

Mientras deliberábamos durante el intermedio acerca de la táctica a seguir, tratamos de disimular la ausencia de Panquemado, beato ladrón de unos doce años, más moreno que su propio apodo y verdadero rey del fútbol en el barrio.

Un segundo antes de iniciar la segunda etapa, lo vimos aparecer por el lado de la iglesia con algo que parecía otra persona en sus brazos. Se llegó hasta nuestra portería y plantó sin más ni más al mismo San Antonio en medio de aquella, con todo y alcanzía. Unos se reían, otros protestaban, los del equipo contendiente se negaron en un principio a jugar contra un portero celestial, pero Panquemado alegó diciendo que nuestro portero estaba agotado

y que se había ido a descansar y que de todos modos necesitábamos un sustituto. El capitán del otro equipo hizo notar que San Antonio no podría moverse y que ello facilitaría la anotación de los goles y aceptaron.

Nuestro portero actual, hermano de Panquemado y compañero de éste en sus correrías de ladrón, había desaparecido efectivamente. Su sustituto —el San Antonio—, no nos daba muchas esperanzas al verlo allí todo tieso, tan serio y como atontado bajo la portería, sin saber nada de patadas, estirones y atrapadas, puesto que en el cielo el fútbol debe ser hasta prohibido por escandaloso.

Otra cosa que nos daba mala espina es que San Antonio estaba calzado y esto lo identificaba, por conciencia de clase, con los del otro bando. De este modo, si no por chambón, aunque sea por milagro se dejaría colar los goles para hacer que ganaran sus congéneres cascoteniendo. Pero allí estaba zampado el santo por voluntad de Panquemado y era mejor dejarlo. No fuera que por desecharlo como futbolero se sintiera ofendido y nos mandara toda una maldición de goles. Y eso sí que estaría demasiado jodido —como decía Panquemado—, por el compromiso en que estábamos metidos...

Panquemado no tenía padres, sólo él y sus tres hermanitos vivían en un barracón abandonado que habían habilitado con latas, cartones y trozos de petate viejo. En un tiempo durmieron entre los tubos grandes que la municipalidad dejó abandonados en una calle solitaria antes de construir un colector. Ya desde entonces, antes de lanzarse a “su trabajo” pasaba por la iglesia y le encendía una candela a San Antonio o a la Virgen, rogándole en voz alta que le fuera bien en el negocio. Y le había ido —por lo menos regular—, porque había logrado mantener a sus tres hermanitos, el mayor de los cuales, estaba ahora ya de aprendiz.

Sólo ganando aquel partido podríamos tener alguna esperanza de liberar al hermano más pequeño de Panquemado. La cosa era difícil, pero era la única esperanza.

Antes del juego, Panquemado había asistido a la iglesia para rogarle a San Antonio que protegiera a sus dos hermanitos en la primera maniobra ladronil que realizarían por sí mismos y mien-

tras se efectuaba el partido. Nuestros contrincantes vivían en el barrio vecino, mucho más lujoso que el nuestro. En casa de uno de ellos, en la sala, estaba la lagartija de oro, con la cual, según explicaba Panquemado, podría curarse el reumatismo de Pancho, nuestro portero titular, que desde que se enfermó, fue sustituido por el hermano de Panquemado, que como aquél afirmaba, no tenía mucha madera de paragoles.

La familia entera del dueño de la lagartija de oro presenciaba el partido y todo parecía bien, hasta que regresó el tercer hermano de Panquemado a contar que el otro había logrado entrar en la casa por una ventana, pero que había encontrado todas las puertas con llave. Posiblemente tenía la lagartija, pero estaba prisionero. El plan se urdió entre patada y patada. Si ganábamos invitaríamos a la casa de Pancho a nuestros contrincantes, pero si perdíamos, ellos tendrían una reunión, precisamente en la casa de la lagartija. Al no más entrar descubrirían al más pequeño de los Panitos quemados.

San Antonio atajó con la panza un formidable trallazo que por poco lo tumba con todo y alcancía. La gritería fue explosiva y el entusiasmo prendió un chisporroteo beligerante en nuestra delantera. Panquemado como *riposta* inmediata, anotó el primer tanto a nuestro favor. El balón se quedó tejiendo idas y venidas sobre el campo enemigo, no volvió a rebasar la línea media. Pronto cayeron otros dos goles. El partido era nuestro...

Un segundo antes de finalizar el partido, un tremendo pelotazo retumbó contra la alcancía de nuestro portero, la cual se abrió y dejó escapar la lagartija de oro. El estupor nos paralizó a todos pero en ese mismo momento el silbato final lo marcó un chonte que acompañaba al cura que andaba en busca de su santo escapado. Al verlo bajo la portería se le aproximó y regañándolo con voz severa le dijo: “Vos aquí atajando goles con los patojos y yo cuidando de tus milagros allá en la iglesia”. Se lo llevó cargado mientras el dueño de la lagartija nos la regalaba como trofeo explicando que aburrido de tenerla en su casa, se la había llevado al santo, pero que en vista de que él la había dejado salir en el campo de fut, lo que indicaba que no muy la apreciaba, nos la entregaba como regalo.

Pero el final del milagro ocurrió cuando vimos moverse atrás del cura a los dos hermanitos de Panquemado, ayudándole a cargar al santo. El segundo de los Panes-quemados había logrado liberar con sus ganzúas al que había quedado prisionero, lo había llevado hasta la iglesia y allí habían tratado de entretener al cura, hasta que éste dándose cuenta de la falta del santo comenzó a preocuparse. Entonces le contaron que el santo, sin duda interesado por el deporte, había dicho que se marchaba a jugar con los del barrio. El cura no lo creyó del todo y por eso buscó a la policía, pero cuando vio que su santo se desempeñaba también como portero, aceptó la versión de los hermanos de Pan-quemado, y se conformó con recuperar al santo deportista y regresarlo a su iglesia.

La lagartija de oro curó a Pancho, pues la vendimos y compramos aceite eléctrico que recetó el doctor, más algunas otras medicinas que le dieron de nuevo agilidad y flexibilidad en las articulaciones. De nuevo volvió a la portería de nuestro equipo, que desde entonces se llamó el San Antonio.

LAS HOJAS DE SANTO DOMINGO

En el último párrafo de su carta, mi hermano me solicita que le busque un viejo diploma —Campeonato de Natación—, obtenido hace un naipe de años en aquellas lejanas competiciones escolares en las que participó a escondidas de la familia.

Ahora está en París acarreado largos punteos hacia nuestra diminuta representación deportiva.

Abro la cómoda donde indudablemente los días de la infancia se han hecho cómplices de los ratones, y luego de romper el velo que una gruesa telaraña impone entre el presente y el pasado, atajo la carrera del moho, del comején y de las cucarachas, que se lo llevaban hacia el olvido.

Lo tengo ahora extendido sobre la mesa y, de entre líneas, viene asomándose como en puntillas de un sueño cansado, la figura del hierbero con su sombrero de petate, sus pies descalzos y su voz con olor a naranja vespertina. Pasaba una vez por semana y su grito se desenrollaba casa adentro:

“Aaalbahaca, calaguala, cañafístola, zarzaparrilla, pericón, hierbabuena y hoja de Santo Domingo...”

El marco de las calles arrabaleras se desarticula en una nueva dimensión de fugas y reencuentros; el tiempo se destraba del espacio cotidiano, se enclava el acontecer en períodos ya vividos. Es como cuando de sobremesa, mientras la lluvia arrastraba sus sábanas frías sobre los tejados, mi padre formaba las piezas de dominó, una tras otra, como los días, alternando el dominó blanco y el dominó negro, como los días, y las noches. De pronto empujaba la última de las fichas y ésta tumbaba a todas las demás en una alegre y rápida serie de caídas.

Los días y las noches están ahora vueltos con sus puntajes hacia arriba y revueltos en la mesa, es fácil extraer cualquiera de ellos y percatarse cómo aquí dentro y allí fuera, la sensación temporal retorna y se repite en la misma sucesión de hace veinte o más años... Tomo una pieza cualquiera y los acontecimientos comienzan a brotar desordenadamente en todas partes: Mi hermana fríe unos plátanos en la cocina mientras destempla una estrofa de “Jingle-

bells” —eso me hace pensar que la Navidad está próxima—. La voz del hierbero se va hundiendo en la noche al remar en el viento hacia la otra cuadra. Mi hermano, el Campeón, le pone chanfle a un balón haciendo de la calle una cancha abierta y el grito de “Gool”, entra por la ventana seguido de la risa de siete u ocho patojos que juegan con él.

Todavía vienen los cinco médicos a espiarlo y se persignan. Uno de ellos lo pellizca y le pregunta que si no es un Zombi recién estrenado. Mi hermano se ríe cuando oye esas cosas; se ríe también cuando los médicos le prohíben que haga deporte (sólo los viejos se toman en serio esta advertencia). En tardes como ésta, él se sale a romper las chanquetas en el fútbol callejero y, los sábados por la tarde, sin que nadie lo sepa, enfilamos a la piscina olímpica que acaban de abrir a pocas cuadras de la casa.

Hace apenas un mes, salimos por primera vez después de aquella terrible enfermedad.

Le comenzó por la mano entorpeciéndole los movimientos; luego se le extendió por los brazos y se le fue prendiendo como arañas invisibles en todo el cuerpo. Las alimañas de la enfermedad se lo comían, lo devoraban a mordiscos inclementes, la parálisis y el dolor eran las únicas palabras que colgaban de las paredes de nuestra casa en aquellos días, pero pasó el hierbero y el abuelo, como en una marea regolfada a contramédicos, le compró las hojas de Santo Domingo.

La ciencia participa en grado máximo de la evolución y debe botar constantemente los dogmas. Aquél que ahora es un excelso escultor, no contó en el pasado sino con dos piedras groseras; lo que hoy es escuela de vitrales, luz, didácticamente condicionada, salones a prueba de eco, colores escogidos y multiplicidad de recursos audiovisuales, no fue sino la ribera de un río triste y la mano de un anciano mezclada con su voz; lo que hoy es un desinfectado hospital de oxígeno, sueros, laboratorios, albura, anestésias, quirófanos, silencio... no fue sino una rústica plancha lítica y unas cuantas hierbas arrancadas por la experiencia al bosque. De esa sombra, humedecida por la prehistoria, emergía la presencia del hierbero y aquel día el abuelo lo llamó hacia el siglo XX.

Mi hermano estaba desahuciado por cinco médicos que sin duda alguna siguen espiándolo cuando sale su fotografía de campeón en los periódicos y se vuelven a persignar, de modo que las hojas de Santo Domingo ingresaron sin empujones en el ámbito prefunerario del hogar.

La primera noche fueron faumentos y cataplasmas; la segunda, baños de pies y rocío; la tercera, baño de asiento y dos guacalazos en la cabeza; la cuarta, una zambullida y muchos guacalazos a discreción del enfermo que ya manejaba ambas manos; la quinta, guacalazos de carcajadas y una fiesta de agua inundando el dormitorio.

Antes de soltar la pieza de dominó en su lugar y permitir que las calles, los ruidos, los hechos y las distancias se encajen de nuevo en su correspondiente sitio, reviso por última vez la figura de mi hermano empinada sobre sus siete años, de pie sobre el bañito de metal junto a la cama, luciendo toda la piel cubierta de hojas de Santo Domingo, hervidas en el agua con que se bañaba. Me daba la impresión de un Sigfrido frente al dragón de la muerte, pero a la inversa, pues las hojas lo protegían de su sangre negra.



EL DIABLO

Nunca se supo quién le puso aquel apodo, pero él se sonreía como complacido cuando lo escuchaba.

Era alto y delgado, pero fuerte y ágil, rubio, de ojos verdes muy misteriosos —era como si alguien más espicara desde adentro—, como si una llama se quemara más allá de sus pupilas.

Cuando llegó, algunos dijeron que era el Judío Errante. Parecía como si a su alrededor las cosas tomaran vida propia o muerte propia —según el caso—, él lo ordenaba todo y sin decir palabra, imponía su voluntad a todo cuanto se ponía en contacto con él.

Se decía que la hierba no la cortaba con sus manos. Eran las herramientas, solas, las que trabajaban mientras él descansaba bajo las frescas hojas del platanar.

Por la tarde se oían las tijeras de podar junto a su silbido entre los árboles y, al anochecer, se comprobaba que había realizado una tarea que sólo cinco hombres hubieran podido hacer en todo un día.

En una ocasión, enojado porque varias palomas osaron sobrevolar una reciente plantación de maíz, amenazando comerse los granos recién enterrados, se puso a hacer muecas como espantapájaros hasta que las palomas repararon en él. Una vez lo vieron, seis cayeron al suelo fulminadas. Aquel día comieron lujosamente los dos mendigos que salían a pedir centavos a las cinco de la tarde, se las regaló y él mismo las cocinó en la barraca semidestruida donde vivían.

En otra ocasión, fue una gallina. Siempre que él llegaba y se instalaba en la cocina, no pasaba nada, ni cuando pasaba al corredor; pero cuando salía al jardín, entre las matas y los árboles, el aire parecía quedarse quieto, los animales ya no hacían ruido y las gallinas se subían a las ramas a dormir, sin importarles la hora, bien podían ser las tres de la tarde. Él decía que todo se quedaba así, quieto para dejarlo trabajar. Las gallinas estaban encaramadas en el palo, aunque eran apenas las once de la mañana. Las mujeres volvían decepcionadas del mercado, por no haber encontrado nada especial para el almuerzo de manteles largos para el jefe de

casa. Aquel día, el Diablo se puso frente a las gallinas e hizo un ruidito con los labios, una de las aves abrió los ojos y... más fue grito que graznido simple: abrió las alas y se tumbó hasta el suelo. Después la fue a ofrecer para un buen caldo. Las mujeres tenían miedo de que la gallina estuviera contaminada de algún maléfico espíritu, pero de todas maneras tuvieron que aceptarla porque él las convenció con su mirada, entre dulzona y ejecutiva.

Lo del cerdo fue también espectacular. El matador se había enfermado y la parranda se preparaba sin pretexto para esa noche. El Diablo se fue acercando, y al ver que todos tenían miedo de asesatar el golpe o los golpes necesarios en la testa del animal, los apartó y haciendo señales al cerdo, lo obligó a que lo viera. El animal se tambaleó, arrastró las manos hacia adelante y escondió la cabeza sobre el pecho. Estaba listo, para los chicharrones.

A la fiesta llegó la “Plomosita”. Le decían así porque despedía más humos que una locomotora. Hablaba de casarse con un doctor y marcharse al extranjero “tal vez a Europa”. Sus papas tenían carro y finca en la costa, pero se la llevó el Diablo. No fue precisamente aquella noche. Entonces sólo vieron que desde que entró se dirigió a él, y cuando ya todos estaban bien bebidos, le ofrecía chicharrones en la boca y hasta se le sentó en las piernas. Al día siguiente la vieron pasar con una pequeña valija rumbo al barranco, por el mismo camino que el diablo tomaba para irse a su casa. Desde entonces fue su mujer, pese a las pataletas de la mamá y las bravuconadas del papá.

El capitán que había estado queriendo bailarla durante toda la noche, tal como en otras ocasiones, no tentó tierra aquella vez. Pero a los pocos días regresó con varios soldados.

El aire estaba quieto en el barrio —señal de que allí estaba trabajando el Diablo. Su luna de miel lo había retirado de la circulación durante una semana, pero de nuevo, ahora volvía con su machete, sus tijeras de podar, su rastrillo y más brillo en los ojos. Se iba más temprano, antes de que oscureciera, porque ya tenía quién le esperara en la barraca del otro lado del barranco.

Los soldados lo encontraron ya disponiéndose a partir. Le ordenaron que caminara hacia el callejón de los fusilados y allí pasó aquella cosa extraña.

En el callejón aquél, tirado entre una fila de cipreses y un paredón muy alto, habían fusilado hacía muchos años a tres hombres, allí mismo fusilarían al Diablo. Lo pegaron al muro y el capitán ordenó: ¡“Apunten”!...

Allí se quedó. El Diablo abrió los brazos y como si fueran de plomo, el capitán y los soldados cayeron patas arriba. Después el Diablo recogió sus implementos y se marchó silbando.

Más tarde, los soldados, arrastrando sus fusiles y caminando como sonámbulos, entraron a pedir agua a la casa. Dijeron, cuando se fueron recuperando, que el capitán llevaba una orden del Presidente para fusilarlo donde fuera, pues le había matado un caballo con una mirada en la última feria nacional, pero que antes de ejecutar la orden, una mano poderosa les había golpeado el cerebro.

El capitán no volvió a levantarse, el médico forense dictaminó: “Paro cardíaco”. El Diablo siguió transitando aquellas calles, porque sabía que era mentira lo de la orden. La última vez que llegó al barrio, antes de irse con la “Plomosita” a Europa a exponer artes de magia en un circo, se apoyó en el naranjo cargado de fruta y le ordenó que botara las naranjas maduras. En un minuto la fruta llovió sobre el patio y se recogieron más de quinientas. Dijo que volvería y se fue silbando por el camino de la barranca.

EL REVUELO DE LAS MUJERES

La gramática, como los tragos, se puede usar pura, mezclada, dulzona y al gusto del cliente. De ahí que sea imposible saber muchas cosas, entre otras, por qué se hacía aquella clasificación tan convencional, pero tan sancionada por la colectividad. A tal punto que cualquiera se apropiaba inmediatamente de ella y la manejaba con exactitud, sin discusión ni reparo.

Se trataba de cuatro grupos distintos entre las mujeres, los cuales tenían alguna diferencia entre sí, pero más bien encubierta o latente, que sin embargo era captada de inmediato.

De este modo había el primer grupo, el de las “Nías”, como la Nía Paula, la Nía María la bola; la Nía Chon la tortillera; estaba el segundo grupo, el de las “Niñas”; llamadas así no por su edad precisamente, ni por ninguna otra alusión favorable a su soltería, la mayoría de ellas eran mujeres mayores, con hijos, aunque tal vez algún día habían sido jóvenes, quizá cuando vinieron al barrio y desde entonces se les llamó niñas, como la Niña Maruca de la cantina, la Niña Inés o la Niña Julia la de la carbonería; en el tercer grupo estaban las “Doñas”. Aquí quizá sí contaba un tanto el criterio de clase, pues la mayoría de las doñas eran esposas de los pocos empleados y oficinistas que trabajaban casi en su totalidad en el centro. Doña Toya, doña Blanquita, doña Pía. Eran todas amas de casa, profesoras o huéspedes de casas grandes; por último estaba el grupo de las “Señoras”, para cuya clasificación se utilizaba el criterio de edad, pues se llamaba así a las mujeres de mayor edad, cuyo porte respetable se movía en aquel ámbito agrandado por el prestigio de una vieja laboriosidad. Allí estaba por ejemplo, la señora Joaquinita que vendía aceite a pesar de sus noventa y cinco años en las casas de toda la ciudad, también vinagre que ella misma preparaba en una suerte de laboratorio alquimista a donde era sumamente grato ingresar, pues en el misterio de sus sombras, estampadas contra un San Antonio, de las seis de la tarde, se venía siempre de la mano de la viejita, un trozo de rapadura. También estaba la señora Milagro: diez de la mañana hirviéndole en el ca-

nasto de los atoles —el blanco con frijolitos y el de tres cocimientos—, puntualidad en los dos toquidos que abrían el refrigerio, resoplidos en el corredor (señora Milagro de los sudores, siempre en carrera a mitad de la mañana), después el tinajón en la mesa de la cocina y el pocillo repleto, luego su figura rápida, colándose por entre las begonias, mientras se alejaba ganando la calle. Estaba también la señora Estefana, pelo negro a pesar de los cien años, atuendo extraño en el que aparecía un manto viejo sobre un invariable traje quetzalteco, pies sucios de carbón y voz gruesa que asustaba.

La Nía Carlotía —la que llevaba el Corazón de Jesús de casa en casa cada tres días, para que le rezaran y le echaran limosna en la alcancía de madera que le servía de base—, fue la encargada de llevarle la voz al cura.

Hacía días, que andaban todas muy alborotadas. Parecían gallinas asustadas, y en los murmullos que se quedaban temblando en los misteriosos cabildeos de la mañana o las consultas secretas de la tarde, corría un río de inquietudes cuasi imperceptible. El viento se iba poniendo afilado y parecía hacerles cosquillas en las espaldas. A la Niña Inés se le quemaron las bolitas de morro que fabricaba en su tienda de mostrador verde y a la señora Joaquinita se le tumbó un poco de su venta en la falda inconsútil.

Cabezas blancas y negras; trenzas y moños; jabón de coche y perfumes caros en los tumultos silenciosos que se montaban en las esquinas, en las cocinas, en las salas, en los jardines. Era un abejero que las traía descontroladas.

Los maridos fueron despertando por el creciente oleaje de aquella marea y un día se les dio por bucear en el turbión.

La Nía Quela (a quien no se le aplicaba el calificativo de Niña a pesar de su superlativa virginidad, puesta a prueba de murallón contra los embates de un atrevido carpintero, especie de San José, que venía a coser palabras de amor, bien bordadas a la máquina de la cuarentona costurera, por las tardes), fue la que se atrevió al fin y llevó a don Juanito, el salvadoreño, y a su mujer a la gran reunión de aquella noche.

Los maridos se formaban como diablillos asustados en segundo

plano entre las sombras, mientras que las mujeres ocupaban las bancas del frente y la tribuna.

El rumor de la retaguardia dejaba escuchar frases entre halagüeñas y protestonas: “Sería muy bueno, ¿verdad vos?”, “yo no sé por qué se oponen las viejas si al fin y al cabo estaríamos más cerca de las casas”, “a lo mejor por ser este un barrio pobre iban a cobrar más barato”...

Pero allá en el frente, la indignación era una cohetería incontenible; la tronazón se fue reduciendo hasta quedar hecha retacitos de murmullo aquí y allá, era como si la sotana del cura se hubiera extendido y hubiera impuesto el silencio de su pesada negrura. Los oídos desenrollaron sus caracolas excitadas y el cura dijo desde el púlpito:

“Escúchenme bien todos: He hablado con don Juanito y él me ha explicado de qué se trata. No es nada malo y hoy mismo va a escribir un nuevo letrero en su casa que diga en guatemalteco, lo que él había dicho en salvadoreño. Desgraciadamente aquí ninguno es bilingüe y por esos problemas de la gramática, se ha armado toda esta tormenta.

No va a poner casa de malas, como creían ustedes, sino pensionado para estudiantes. A esto se le llama en El Salvador “Casa de pupilas”.

Y sin acordarse que estaban en la iglesia, la cohetería fue entonces de carcajadas.

EL CORONEL BAQUETA

En cuanto empezaron los cocolazos, las señoras grandes nos mandaron a todos los patojos bajo las camas. A nosotros nos hubiera encantado salir a ver cómo disparaban los cañonazos que parecían eructar fuego en todas partes y cómo manejaban las ametralladoras que parecían sacudirse como gallos, alas de guerra.

Allí estábamos, bajo la cama, cuando llegó Lencho Baqueta y su mujer que gritaba: “Lencho es el que precisa, Lencho es el que precisa” y ¡Zas!, lo zampo bajo la cama.

No sólo porque ya nos comenzábamos a aburrir, sino porque Lencho se ventoseaba mucho, nos fuimos saliendo hasta que quedó él solo, tembloroso y rezando con un aire de miedo y otro de mierda a su alrededor.

Lencho Baqueta, era músico en un cuartel y el tirano de aquel entonces, obligaba a todos los músicos militares a cumplir con los mismos deberes de los galonados. Lencho temía que lo fueran a traer del cuartel, pues estaba, como músico, asimilado al grado de teniente.

Así fue, lo sacaron de debajo de la cama. Pobre Lencho, arrastraba las patas para caminar. Se lo llevaron.

Cuentan que en el cuartel, el tirano dirigía las acciones y que una vez aplastada la revuelta, ordenó que llevaran a su presencia a los prisioneros. Luego ordenó que los fusilaran y, entonces, ya con el miedo convertido en culebras mentales, Lencho manejó la ametralladora para acabar con los peligrosos hombres que estaban atados de pies y manos frente a él.

Después de eso, se desapareció durante muchos años. Un día volvió con botas, galones, casaca y gorra de coronel. El gesto heroico le había valido un ascenso. Se paró en la puerta y con la voz bien cambiada, saludó hacia adentro. Yo me preguntaba, si otra vez empezaran las ametralladoras ¿se metería todo pedorro otra vez bajo la cama? No sé, pero ahora dicen que patea gente en no sé qué departamento y que tiene a sus órdenes más de cien indios. De todos modos, cuando vuelve al barrio, la gente a *sotto voce* dice: “Allí va el Coronel Baqueta”.

EL CAGAO

Si supieran por culpa de quién le vino aquel feo apodo, quizá quisiera vengarse, de modo que esta historia sólo debe quedar entre ustedes y nosotros (al decir nosotros, me refiero a mi primo Netío y yo, ya verán ustedes por qué):

Era diciembre y todo parecía engarzado en un largo ademán de mansedumbre, sin embargo, de un solo golpe la noche se vino abajo y pareció que el esqueleto se le desmoronaba al mundo. La primera ola subterránea empujó casas y edificios y luego los precipitó en desorden sobre la superficie rajada de la tierra.

Los santos se salían de sus hornacinas y andaban como a gatas por los templos; los adornos se desprendían de las paredes y los techos, y bóvedas se combaban hacia abajo —algunos se desprendían definitivamente: era el terremoto que golpeaba la ciudad como una marea incontenible desde abajo del suelo. Olas formidables primero, luego sucesión de pequeñas olitas que pasaban trepidando. Largos hamaqueos y después pequeños temblores que como ratones insaciables, y velocísimos, pasaban carcomiendo los cimientos en todas partes.

La gente lloraba, los hombres se hincaban en medio de las plazas y calles y abrían los brazos suplicantes, los perros aullaban interminablemente.

Nadie sabe dónde le puede sorprender un terremoto, de modo que no puede culparse al amante de tía Clara por haberse colado a hurtadillas hasta su aposento y estar con ella a la hora de las sacudidas. Lo cierto fue que la pobre tía saltó del lecho, tal y como Eva estuvo frente a Adán y en su desazón, susto y aturdimiento, optó por cubrirse, al pasar por la sala, con el cuadro más grande que vio caído. Era tal el descontrol, que no notó que lo que recogió era solamente el marco, pues el resto, incluso la imagen de la Virgen de los Desamparados, se encontraba esparcido por el suelo, totalmente desprendido de aquél. Salió al patio y con muy femenino afán de disimular, se puso frente al grupo diciendo; “Récenle a este santo, él parará los temblores”.

No paró los temblores, pero sí otras cosas; por ejemplo, los tem-

blores de cuerpo, ya que en aquel momento todos los vecinos allí presentes, que también andaban en semicueros, se convirtieron en paganos por varios segundos y estuvieron rezándole a Venus, aunque fuera con los ojos. Una sábana inoportuna traída por su amante, interrumpió aquel regalo de belleza a mitad del terremoto.

Ambos: tía Clara y su amante, habían sido descubiertos por culpa del terremoto, pero era tal la tribulación de aquel momento, que a nadie le pasó por la mente que era “pecado” lo que pudieron haber estado haciendo a esas horas de la madrugada. Sin duda que los temblores aclaran las mentes, pues ¿de qué modo va a llamársele pecado a lo que garantiza la vida de la especie y que además —en honor a la verdad, así me lo han contado quienes lo conocen—, tiene tan dulces atractivos para quienes lo practican...?

La verdad es que el pobre muchacho tuvo que quedarse entre nosotros ayudando a salvar lo poco que había quedado. La noche rodó entre escombros y la mañana siguiente encontró a la ciudad volteada, con el esqueleto de fuera, un tumbo de tembloreras se había esparcido en todas direcciones donde hubiera un llano ancho, lejos de todo muro peligroso. Allí amaneció el amor de tía Clara dando martillazos y componiendo tembloreras. A nadie le importó su fácil instalación en la familia, pero nosotros, los chicos, juramos venganza —celos enseñados por los mayores que tienen todo lo absurdo de aquéllos.

El muchacho era muy metódico y puntual, de manera que todo lo hacía generalmente a la misma hora.

Para nosotros, los pocos muebles que quedaron habían sido ya trasladados a las tembloreras y éstas habían sido debidamente aderezadas y hasta decoradas de acuerdo con una arquitectura especial para post-terremotos. Así, en nuestra cocinita, construida con petates, había una pequeña mesa en cuya gaveta, tío Neto, padre de mi primo, guardaba su pistola. Allí estábamos nosotros, después de la cena, cuando oímos pasar al muchacho por el callejoncito que se formaba entre las dos hileras de tembloreras: seguramente como todas las noches a las nueve, iría al llano oscuro, con su puro y sus cuadritos de papel en la mano.

Levantamos una punta del petate que daba al llano, y agachán-

donos un poco para pasar por debajo de una regla, salimos.

El puro brillaba como una gran luciérnaga allá lejos, entre el montarral. Mi primo largó el disparo hacia el cielo y yo el bodocazo con mi honda hacia el puro. Todo fue un lamento:

¡Ay, me han matao...!

Cuando tía Clara y otros parientes lo encontraron, estaba recostado todavía en un charco, no precisamente de sangre y que por consecuencia del susto, debió ser de mucha abundancia.

Cuando pasó hacia los toneles de baño que quedaban al otro lado de la cuadra, todos lo vieron en aquel estado y con un pequeño chichón en la frente. Desde entonces y por su modo de pronunciar las palabras comiéndose las “dees”, le colocaron aquel feo apodo, culpa de una venganza sin motivo.

UN APELLIDO A CABALLO

—Fíjense muchá —nos contaba el canche García-Salas—, que mi apellido vino a caballo. Yo no lo supe hasta que murió mi abuela y lo descubrí en tres retazos de vida —que eso son las cartas a veces— encontrados en una despintada cajeta amatitlaneca dentro de su cofre corsariano.

—Voy a enseñárselos— dijo, y sacó tres pedazos de cartas que decían así:

15 de marzo de 1885. Del general Andurriaga y Plazaola al conde Grandavia:

“Aunque mi hija no está aún en edad casadera, me complazco en aceptar su atinada proposición de enlazar nuestras familias.

Creo que su hijo de usted, puede esperar unos diez años más y venir para ese entonces a nuestra Guatemala...”

5 de agosto de 1896. Del conde Grandavia, al general Andurriaga y Plazaola:

“He despachado ya a mi hijo con toda su dote. Adelanto esta carta que llegará aproximadamente un mes antes que él, puesto que él permanecerá más o menos ese tiempo en ciudad de México, con un tío suyo. Luego de algunos meses de trato y cuando yo me haya trasladado a ésa, celebraremos la boda tal como a nuestras familias conviene”.

20 de diciembre de 1895. De su hermana a mi abuela:

“Querida Lolita: Estuve angustiada hasta saber que habían alcanzado San Salvador. Te recomiendo que no des ningún adelanto y que si ya lo diste, procures casarte cuanto antes.

El tipo llegó y por poco nos mata a todos, pero ya se fue. Salúdame a Clementín y dile que para complacer a papá en cuanto a los apellidos, le agregue el Salas a su popular García, volviéndolo uno solo. Dile, además, que estuvo muy hombre y muy apuesto en su llegada a caballo, cuando tú te bajaste por mi ventana...”

Ya ven, pues —remataba el Canche García-Salas—, uno no sabe ni en qué vehículo le llega su apellido.

CONCURSO: *¡REQUIESCAT IN PACE!*

Los hombres juntaban sus silencios en las esquinas —pequeños montoncitos de penas como azúcar terrosa de hormigas envejecidas—; luego el semáforo desligaba los pies y la marcha continuaba repartiéndolos en distintos rumbos, recomponiendo siempre ese desencuentro inusitado de las caras angustiosas.

Los panes se reparten desde la mañana, algunas mesas parecen incrustadas en el olvido —son las que están en las últimas filas de casas— antes que un pan, se distiende en ellas un trozo de insomnio.

Las campanas van y vienen, se caen hasta los tajos más pobres de la ciudad y por no ensuciarse de miseria, se resuelven en huidizas volutas bronceínas que se apagan en un quejido de enfermo, encuadrado en alguna ventana.

Los días bajan corriendo tras los autos y rebotan en el basurero grande, regresan pestilentes, con ecos de cuero podrido en cada corriente de sol.

A veces los periódicos traen como en tobogán, las más frescas noticias y las sueltan por las calles abiertas. Del basurero grande surgió aquel harapo de diario escrito a todo lujo, pero manchado con residuos de cualquier cosa maloliente. El poeta se había desprendido de los montoncitos de silencio y se había balanceado hacia la covacha donde agotaba el rebote de los días entre bandazos de hambre y espinas de alcohol. Leyó que habría un concurso ,y una especie de miraje comenzó a llamarlo desde el extremo más claro de su mente.

En los salones ruidosos se taconeaba con garbo, los hombres profesan una especie de danza ágil, marcial, de movimientos precisos y bien encajados en las circunstancias. Postura ejecutiva, amplia, dinámica. Actitud de cuello blanco o estampa de camisa chillante: todo viene bien en el fluir de imágenes de relaciones públicas. Allí estaban los academistas del concurso: Universidad, empresa privada, gobierno, banca... Melcocha de trajes aplanchados, calzado brillante, tabacos aromados.

Los trabajos tenían un palpito de sensación y de espera amontonados sobre la gran mesa. Llegaron los literatos y comenzaron a

espulgarlos. Fueron varios días de estudio y deliberaciones. Luego las noticias eléctricas, las publicaciones, los telegramas de aviso.

En la hora de la premiación volvió a rebotar el día, en el basurero grande arremolinando los trozos de papel viejo. Allá en el gran salón municipal, cayó el nombre del poeta premiado y frente a los aplausos se irguió un trocito de esos silencios que se arrastran por la ciudad, mientras en el basurero daba vueltas la noticia de que un hombre había sido encontrado, muerto de inanición en su barraca, con un verso inconcluso apretado entre las manos.

El cheque giró en las mentes y fue a parar a una institución de beneficencia, en tanto que de nuevo los panes se repartían desde temprano y las mesas de la última fila bostezaban de insomnio sin alcanzar ninguno.

Los hombres volvieron a juntar sus silencios en las esquinas hasta que el semáforo desligó los pies y los repartió por rumbos distintos.

EL NEGRO TIZÓN

El negro Bupalín Tizón, gran corazón de chinchín, tin de timbal en canción, son de soles en festín; más negro que la culpa traidora, pero más luminoso que una viva aurora, se incrustó sin problemas en el grupo. Era gran capiruchero y ya comenzaba a darle a la guitarra. Siempre fue grande para las trompadas y los cabezazos; cuando había batallas con los del otro lado del barranco, era de los más entusiastas; gritaba y se arrastraba por la ladera disparando bodocazos hasta que llegaba la policía y se hacía urgente pegar la zafada...

Siempre le gustó la hija del general Cirilo, hombre de a caballo y fusta en la diestra. Según el general, había quedado cojo en una de esas escaramuzas que por acá se les llama guerra o revoluciones, pero según su mujer, había sido a diez kilómetros de la batalla en plena huida de un marido cuya prenda cortejaba el entonces capitán Cirilo: cosas de logística militar especializada que uno no entiende y que no le explican por razones de seguridad.

Era la tercera de las hijas del general Cirilo, Luisita. Siempre estaba en la ventana cuando los patojos regresaban de la escuela. Bupalín se detenía allí muchas veces, siempre que conseguía el centavo necesario, le dejaba un bocadillo, negro y dulce como él, en la manita blanca. Todos se reían de Bupalín Tizón y sus infantiles amores con Luisita, dieron origen a burlas y consejos.

—Vos crees que la cosa es como mezclar leche con café. Lo único que te vas a sacar va a ser una pateada del general Cirilo.

Pero Bupalín respondía que a la pata coja no le tenía miedo y que si trataba de levantar la buena, seguramente se iría de nalgas el general.

Cuando Luisita le preguntaba sobre su vida, el negro Tizón siempre tenía algo original que contarle, esto quizá, fue lo que perfeccionó aquella alianza que en la adolescencia se convirtió en amor, contra todos los bufidos del general de a caballo.

—Contame cómo fue que viniste a la capital —decía la niña desde la ventana.

—Bueno, eso fue porque así nos lo aconsejó mi papá después de muerto —replicaba Tizón— y continuaba: Una vez se murió todo

entero, desde la muruchera hasta las patas. Llegaron cantadores con tumbas y bongos y el velorio estuvo realegre. A mí se me figura que no lo enterraron bien, porque después, noche a noche —necio el viejo—, volvía al rancho de manaca donde vivíamos junto al Río Dulce y decía con voz roncota: “Vayanse a la capital, muchá, allá está su porvenir”. Una vez lo decía en español, otra en inglés y otra en moreno. Después se desaparecía. Yo digo que sí estaba aquí nuestro “porvenir” y se llama Pancho, porque desde que llegamos mi mamá consiguió que él nos mantuviera y ahora ya tengo tres hermanitos más...

A veces le preguntaba Luisita con su voz suave:

—¿Por qué sos negro, Bubalín Tizón? Y él respondía orgulloso:

—Mi papá nos contaba que esa fue pura gana de Tata Dios. Un día que quería quedar bien con una diosa bailarina, se puso a hacerle muñequitos. Primero hizo una mujer, le pintó el pelo con el sol y le tiñó la piel con la luz de la mañana; después hizo un hombre, también le pintó el pelo con sol y la piel con la luz más clara de la mañana; Tata Dios que reina en las selvas y en los ríos y gobierna en el gran Budú —decía mi papá—, pensaba hacer dos parejas, así que al segundo hombre lo pintó con la noche todito entero, sólo le faltaban las plantas de los pies cuando se apareció la diosa bailarina. Entonces fue la confusión de Tata Dios, porque sin haber terminado su trabajo, no muy le gustaba que lo pescaran. Para darse aires de que todo lo podía y dejar boquiabierto a su bailarina, y sin haber empezado siquiera la segunda mujer y sin haberle pintado las plantas al primero de mi raza, les ordenó a los muñecos: “Trabajadores del mundo uníos”.

De ese modo no dijo Dios —replicaba Luisita, cuando peleamos, mamá cuenta que dijo—: Amaos los unos a los otros.

—Eso es, eso es —respondía Bubalín muerto de risa—, lo que pasa es que mi tata como ya estaba algo viejo, todo lo confundía. Aunque yo más creo que dijo: “Creced y reproducíos”. Pero como no dijo quién contra quién, allí estuvo el problema, pues tales muñequitos crecieron y tomaron vida y aquél que estaba pintado de noche, sentía cosquillas en los pies por la falta de pintura. Entonces se puso a bailar y esto le gustó a la canche que se se le arrimó. Jun-

tos comenzaron a bailar y se enamoraron. Y ya vista pues —concluía—, así fue que hubo negros y blancos, así fue que a los negros les gustó bailar, y así fue también que nos ganamos el odio de los blancos porque les quitamos su primera mujer. Por eso —decía mi tata—, hay países donde no nos dejan ir en las mismas camionetas, ni vivir en los mismos barrios.

El general Cirilo tuvo que soportar las serenatas de guitarra, maracas y cueros que, desde los diecisiete años, Bubalín comenzó a producir frente al dormitorio de Luisita. Sin embargo, para desahogarse, comenzó a hacer más prolongados e intrépidos sus paseos diarios a caballo. Salía de madrugada y a la orilla del barranco saltaba obstáculos o soltaba largas carreras que hacían jadear a su alazán.

Bubalín iba ya al Instituto por aquel entonces y se ganaba la vida de estudiante con su conjunto. Volvía de una parranda un domingo por la mañana, cuando vio a su pretendido suegro resbalar con todo y caballo por la ladera, luego de saltar un obstáculo muy alto. Bubalín dejó la guitarra en el suelo y se metió por aquella pendiente peligrosa que tan bien conocía desde las batallas de los bodocazos. Menos mal, el caballo no se había estropeado y el general, unos metros más abajo, parecía descansar del ajigolón, sentado sobre una piedra.

Fue la primera vez que el general le habló. Le contó entonces su secreto y de ahí nació el pacto que produjo después la fácil entrada de Bubalín a la casa del general.

A causa de una herida, la pierna se le había paralizado. Nunca quiso mostrarse débil ante la tropa, de ahí que siempre fuera a caballo. Sólo en el interior de su casa usaba la muleta —cuando no había visitantes—, de lo contrario, sólo se estaba en un sillón o en el caballo.

A Bubalín que era fuerte, le fue fácil salir con todo y general del barranco y depositarlo de nuevo en la cabalgadura. Se prometieron mutua lealtad en el secreto y eso le valió la aceptación del suegro a Bubalín.

Los años han pasado y ahora que el general acaba de morir, Bubalín me escribió desde las Antillas. Tiene una orquesta y tres hijos mulatos, la niña con pelo rubio igual a la mamá, quien todavía suspira por los viejos bocadillos del barrio.



EL ITALIANO

Ahora sale de las cantinas ya muy agachado, es como si los recuerdos los llevara atados al cuello y lo fueran hundiendo cada vez más en el pasado, hasta que un día se vaya de cabeza en la muerte con su dolor como una piedra por delante...

Don Gervasio Doninelli, padre de mi mejor camarada. ¡Cómo me recuerdo de su velorio, aunque yo tenía solamente seis años, igual que él!... Entonces escuché comentarios y murmuraciones, pero no entendí bien. Sólo la vida al pasar, me fue dando la clave de aquella tragedia sin razón...

Don Gervasio fabricaba vinos y dulces en su casona —la más grande y lujosa del barrio—. Salía a venderlos a los departamentos durante cuatro o cinco días por mes y luego volvía en un carruaje que tomaba en la estación del ferrocarril, repleto de juguetes, telas y adornos para el hogar. Amaba como nadie a sus tres hijos y siempre les estaba trayendo cosas de Puerto Barrios, que allá compraba “muito barato” en los barcos alemanes.

Un día volvió a pie, muy enfermo, estaba anocheciendo y decidió rodear la casa entrando por el jardín lateral. En la sala varios amigos departían oyendo música y bebiendo de su “bon vino”. Él no quiso participar, se fue directo al cuarto de visitas que quedaba bien atrás y allí escondió su dolor de cabeza.

Las flores estaban en su lugar, la noche recién llegada también, el único auto del barrio estaba frente a la puerta —entonces no había venido el doctor con su *forito* viejo— Los amigos danzaban en la sala hasta que el tiempo se los fue llevando entre adioses y carcajadas.

Antonio, completamente borracho, llegó con la mujer de don Gervasio hasta la puerta del cuarto de visitas y allí, con increíble felonía, la invitó a quedarse con él ahora que el dueño de casa estaba afuera. Ella severa, pero aún hospitalaria, lo invitó a entrar y comenzó a retirarse. Antonio dijo que la esperaba a la medianoche y ella, como si no hubiera oído dijo: “hasta mañana” y se fue. Antonio quiso entrar, pero al comprobar que la puerta estaba cerrada con llave, protestando con palabras semiquebradas de

beodo, se largó para el jardín y sin duda a la calle. Don Gervasio se durmió y su sueño tuvo un despertar incoherente cuando a la medianoche escuchó claramente la voz de su mujer que entre toquidito y toquidito, llamaba misteriosamente: Antonio, Antonio, abre, Antonio...

Don Gervasio abrió la puerta y sus celos le cerraron los oídos. La golpeó y en ese mismo momento salió en busca del amigo traidor. Nunca lo encontró por ninguna parte. La pobre mujer, al reponerse de la golpiza, fue al dormitorio de los niños y así dolida de todas partes, tomó al enfermo en brazos y bajo la llovizna, salió a la calle, y cruzó la barranca. El chico —mi camarada Gervasito— se le ahogó de difteria en la clínica del médico más próximo a las cinco de la mañana.

Después ella vendió todo y con los otros dos hijos, se fue a Italia, dejando a don Gervasio con los recuerdos atados en el cuello...

Su esperanza de que Antonio la llevara donde el doctor, el encontrón con el marido y su inocencia se hicieron una mezcla de odio que no permitieron nunca ni siquiera una carta para el viejo italiano de cabeza blanca y espalda jorobada.

SOMBRAS EN LA PARED

Sobre la pared del fondo de aquel pequeño aposento, se proyectaba en un cuadro ligeramente alargado, la luz del dormitorio vecino, que pasaba a través de los vidrios de una mampara. Al colocar las manos o recortes que se hacían de papel, junto a los vidrios, las sombras, según la habilidad y la imaginación de cada uno, trazaban siluetas de todo tipo: podía ser un caballo al galope, una paloma volando, una hermana de la caridad, un borracho al que le caía el sombrero.

En un flanco de la noche, el aguacero se tumbaba en un perenne chocar contra la otra banda de las sombras; y es que la noche tenía dos laterales bien definidos: uno sensible, inmediato, ordenado y seguro; y el otro inaccesible, de líneas indefinidas, escurridizo, amenazante...

Es claro que la realidad no se compone de estos elementos, pero aquella noche era una de esas noches en que asciende al primer plano de los contactos, de los hechos y las cosas, esa especie de certidumbre de que hay algo oculto de alguna manera en cualquier parte. No se trata de una visión dualista del cosmos; es simplemente una forma de captar los objetos y los fenómenos como si no fueran más que el recubrimiento de una naturaleza más profunda —y a ratos siniestra—, que subyace en ellos y que hasta les imprimiera movimiento, equilibrio y coordinación en el tiempo. En un momento cualquiera, esa superficie puede rajarse en alguna parte y entonces, por esa brecha, se nos puede venir de golpe toda la corriente interna. Como aquélla está integrada por fenómenos no captables por las vías ordinarias, todo su caudal de estímulos desconocidos imponen una actitud de expectación y hasta de zozobra.

En la pantalla improvisada de la mampara, las figuras se sucedían haciendo del aposento un teatrillo hecho de sombras recortadas. Aquella noche las figuras tenían una perfección peligrosa, los perfiles parecían recortarse contra un celofán cada vez más tenue. Si ese celofán contensor llegara a rasgarse, seguramente saltaría el chorro del misterio.

Ahora los ojos, completamente subyugados, se adherían a la pared del fondo. Hasta la pintura verde en la que se proyectaba la luz del dormitorio vecino, lucía más firme y pareja. Las bocas se apretaban en una tensión devastadora; ni una risa, ni una palabra, todo en una quietud —el silencio era una estatua de pie tras el grupito de espectadores.

En otras noches, las carcajadas, las alusiones, los chistes y hasta las disputas para tomar el puesto de actor tras la mampara, formaban el ambiente en general. El actor de aquella noche era un sujeto conocido, probablemente amigo de los mayores de la casa, porque antes de la función, cuando llegó en su caballo, se le trató con mucha deferencia. No había aceptado compartir la cena con la gente grande y, en lugar de ello, prefirió aquella tarea para entretener a la chiquillada.

Las imágenes se mueven ahora con inusitada agilidad, la perfección del espectáculo es patética: árboles, un camino, la noche y hasta la lluvia.

Ahora un hombre a caballo, otro que sale al camino y un gran fognazo. Todavía se vio cuando el otro huyó montado en la calgadura del muerto.

Cuando los mayores volvieron, con sus caras preocupadas, del comedor, la lluvia se cortó de cuajo y en la pantalla no apareció nada más.

La confusión comenzó cuando preguntaron por “el abogado”, que se había quedado entreteniendo a los niños con figuras de sombras en la mampara. La muchacha les explicó que él había partido hacía quizá media hora, a pie bajo la lluvia, solamente había dejado su portafolios en un sillón de la sala.

La narración del espectáculo de aquel teatrillo de sombras les pareció inverosímil, pero cuando tocó otro hombre idéntico al primero que bajó de un automóvil moderno y aseguró que era él, el abogado encargado de la herencia, aquello que se había visto en la pantalla sólo pareció un ingrediente más de la revuelta sucesión de acontecimientos extraños.

Lo peor fue, que el portafolios llevaba estampado en plata, el nombre mismo del abogado. Este, un hombre joven y ejecutivo,

tomó el portafolios y corrió la cremallera. Solamente un legajo de papeles estaba adentro: eran las escrituras de propiedad de la casona. Según explicaron entonces, los mayores, ya no había ningún litigio, pues con ese documento se probaba la legítima propiedad del abuelo sobre el inmueble y como los herederos no éramos otros que los que habitábamos en él, no había ya problemas. El abogado estuvo de acuerdo, pero con voz realmente ausente y triste comenzó a decir mientras se paseaba por la sala:

—Este portafolios perteneció siempre a mi padre, abogado también e implacable enemigo del propietario de esta casa. En una ocasión me dijo, que sólo la amistad que entre ustedes y yo habría crecido, para maldición de él, lo frenaba para hacer que se quedaran en la calle. ¿ De dónde ha venido este portafolios pues...?

Se habló mucho y hasta tomaron coñac los mayores, y los chicos saboreamos vino dulce. Nadie se explicaba lo ocurrido, hasta que alguien se recordó del caballo en que había llegado el primer visitante.

Fuimos al patio trasero donde había quedado, pero allí estaba sólo un esqueleto de caballo con una montura tan original que todos la reconocieron como la antigua silla del abuelo.

El celofán de las imágenes se había roto y un chorro de misterio me caía a lo largo del corazón. No creo en la resurrección de los muertos ni en la existencia de las ánimas, quizá fue la fuerza de la honradez o la fidelidad al hijo abogado, porque las virtudes humanas son capaces de resucitar a los muertos, también a los caballos robados.

PURAS CIEGADAS

Antes de que don Nacho Zapatón entrara en la cuadra, ya lo precedía un aire de sonrisa y de júbilo. Tal vez por eso lo invitaban a todos los velorios y todas las parrandas. La gente lo molestaba creyendo que era músico y le pedía que trajera su guitarra, pero él siempre contestaba que sus guitarras se templaban bajo las sábanas y soltaba la gran carcajada aérea como una pelota que rebotaba en toda la habitación...

Se sentaba y después de cuatro tragos, comenzaba a contar sus historias. Le gustaba hablar de espantos y de sus aventuras de patojo.

—Yo me fui enchoqueciendo desde muy temprano, nunca me dio el seso para la música, pero la gente piensa que en cuanto se deja de ver, se aprende a tocar. Bueno eso de tocar es muy *sui generis* —acotaba con una sonrisa amplia—, si con tocar se hiciera músico, yo ya hubiera recorrido desde el pícolo hasta la tuba, pasando por instrumentos de cintura como la viola y sobre todo el violín...

Así entretenía a la gente que muchas veces le pedía que repitiera aquella su historia de cuando muchacho. Entonces, como saliendo poco a poco de las ideas, largaba una frase, tateando, como lo hacía con su bastón y si encontraba terreno propicio, avanzaba por la charla poco más o menos de esta manera:

—Una de las mañas que nunca les perdono a mis compañeros de chocolates, es la de andar metiendo las manos por donde no deben, “Brailliando” —dicen ellos—, pero ya ven, a uno de ellos por poco le va mal un día que estábamos esperando el bus frente a La Parroquia. Tenía mucha habilidad para simular que quería agarrarse del tubo y de esa manera, cuando venía bajando algo que él detectaba como vestido femenino, lograba calibrar un muslo o una cadera; pero aquella vez, en el momento preciso en que daba el apretón, habiendo confundido sotana con vestido de mujer, sonó la voz del cura que le dijo al oído: “Cuidado mi’jo, que si más arriba le haces me los dejás estrellados”.

—Yo digo —continuaba—, que cada quién debe valerse de sus

propios medios; de aquí que el que es choco, choco debe entenderse y no querer andar presumiendo de vidente. A causa de no querer aceptarlo así, un día un pobre compañero de escuela se puso a conversar con un “bolo” que según él le estorbaba el paso en la acera: “Con su permiso señor, arrímese a la pared. —Nada, el bolo tal vez estaba dormido—, hágase a un ladito don..., voy a pasar”... Así se estuvo hasta que una señora de buen corazón se le acercó y le dijo que estaba hablando con la sombra de un poste...”

—¡Ah! y a la vez que salimos con batidores en las patas... Todo por no usar el bastón, por pura gana de presumir de videntes ante unas traídas. Pasamos como marchando, muy rectos en la acera, pero no habíamos dado diez pasos cuando fuimos a sembrarnos en una venta de jarrones que tenía un marchante. ¡Púchica, señores! yo corrí como venado para no pagar, pero cuando paramos a las tres cuabras, todavía llevaba un pedazo de batidor trabado en el pie derecho. Ustedes dirán que los ciegos no corren. Todos piensan así, que vivimos tristes, que hablamos quedito, que no tenemos mujer, que vivimos de limosna, que nos bañan; bueno —volvía a acotar con picardía—, a mí sí me han bañado, pero allí el verbo habría que conjugarlo en forma recíproca y plural. Y les garantizo que en aquellas comparaciones siempre se gastaba más jabón en mi persona, porque había un trozo más de piel. Yo soy un poco alto, saben —volvía a acotar—.

—¡Ah! Las mujeres—, suspiraba—. Desde muy temprano anduve en el apredizaje del cantineo. Los ciegos somos un poco fáciles y socorridos. Las feas creen que no nos damos cuenta de sus facciones. Las bonitas piensan que el dato táctil es más preciso. Pero todo cuesta. Uno no llega a ningún conocimiento sin haber pasado antes por el error. Fíjense —remarcaba—, que acababa yo de estrenar mis primeros pantalones largos y quería presumir de piropero —eso nunca lo debe hacer un ciego, ahora lo sé pero entonces era muy pichón y no lo entendía—. Me paré en una esquina y cuando oí venir a las colegialas quinceañeras de tacones puntiagudos que siempre pasaban por frente al Santuario, comenzó mi oración primera de flores: que “a dónde van mis amores”, que “qué paso tan firme que traduce un meneíto delicioso”, que “por

qué tan solas, que si las acompañaba, que hasta mi nariz llegaba su fragancia de azucenas”, que “por qué las cuatro tan apuradas, si yo podía entretenerlas un ratito”. ¡Ay, mamola! En esa perorata andaba, cuando se oyó una voz vibrante y sonora que gritó: ¡Arre mulas carajas! El arriero tal vez se apiadó de mí al ver que estaba floreando a sus animales, o tal vez se enternecieron las mulas por mis piropos y ya me estaban volviendo sus cabezotas con miradas dulces y tuvo celos el desventurado. Lo cierto es que mi primer ensayo amoroso lo tuve con mulas...

Don Nacho seguía desparramando sus aventuras y la gente le oía complacida. Luego, cuando ya se marchaba, sacaba su bastón plegadizo de entre el bolsillo de pecho bamboleándose por los traquitos, y decía muy contento:

—Otro día les contaré otro capítulo de puras ciegadas.



MIS VIEJOS ESPANTOS

Como en el mundo de los espantos todo es reversible, incluso la lógica, el tiempo, la naturaleza, ha de principiarse por explicar, dentro de ese criterio, la forma de la relación con esos seres.

Antes no creía en ellos, pero les tenía miedo; ahora que sé que no existen, no sólo ya no les tengo miedo, sino que creo en ellos.

¿Cómo no creer si volvieron a ser tan amables como siempre, la noche que volví a la casa materna?...

Aquella noche atraqué en el antiguo dormitorio. Hacía muchas telarañas que no ensayaba un sueño entre aquellas paredes; sin embargo, la distancia no había opacado del todo los recuerdos, estaban como flor de insomnio, allí no más, al alcance de la mano. La noche era la misma ya conocida desde antaño: se fue aproximando tímidamente, los mismos ruidos, las mismas voces, la misma gota de agua en el mismo grifo...

Allá afuera se repetía una noche cualquiera de la lejana niñez: autos cayendo por la avenida principal, bolitos que dejan caer palabras pastosas a la media calle, el tren que viene entrando desde alguna parte, el viento solo y una canción perdida...

Aquí adentro, los mismos retablos venerables, el mismo elenco de mis viejos espantos poniéndose en marcha, en movimiento desde que mi calor apareció de nuevo en la casa.

Tal vez, dada su proverbial cortesía, es bueno irlos presentando por turnos, tal y como aparecieron y desaparecieron en la noche honda.

Los espantos son gente organizada, aunque la mayoría de ellos son analfabetos, de aquí que al encargado de leer en los rincones todos sus bandos y edictos, se le denomine “Don Banduleyo” y del idioma espantoril: “bandu” bando y “leyó” leo. Movié con cuidado la puerta y asomé su sombrero de petate. (Usa caites, bata de baño y sombrero de petate). Después me saludó a la orilla de mi calentura.

Al dejar la puerta entreabierta, pude saludar al “señor Emilio”. Como de costumbre, estaba sentado bajo el foco del corredor, tratando de sacarse una nigua con una espina de naranjo. Siempre lleva

su costal vacío. Vuelve aproximadamente cada dos meses, aunque en las noches de lluvia se asoma con mayor frecuencia.

Las primeras veces que volvió con su pierna amarrada, nadie sabía nada. No fue sino como un mes más tarde que los periódicos publicaron el hallazgo de un hombre mordido por una culebra, muerto hacía más de treinta días a la orilla de un barranco, con un torniquete en la pierna derecha, hecho con su propia camiseta. Pero el señor Emilio es muy doméstico y tranquilo, después que pasa la lluvia nos corta las naranjas y las deja ordenadas en el corredor, él es el único que no vive en casa, nunca ha querido quedarse.

Después llegó el gato bolo con sus escándalos. Nunca aprendió a entrar por la puerta. Siempre se sube a un jocotal y de allí pasa al techo, para luego levantar una lámina e ingresar a su dormitorio. Es indefectible que se caiga en esta última operación y siempre se levanta quejándose. Yo lo conocí en un bar de mala muerte. Es rubio y le gustan las lociones caras, usa trajes finos. Creo que durante el día se llama Claudio. Por la noche, luego de parrandear con sus amigos, los pasa dejando a todos a sus casas y vuelve hasta el callejón. Allí deja la figura humana y salta a los primeros árboles de los sitios vecinos hasta llegar al jocotal. Aquella noche traía a “una gatita”, la pobre se rompió el “panty-hose” al pasar por la lámina. Problemas éstos del gato bolo. Muchas veces, como se le olvida arreglar su dormitorio, hemos tenido que subir al tapanco para recoger la gran cantidad de envases que deja abandonados.

Sombrecita, que en vida se llamó Clarita, se suicidó. ¡Quién sabe por qué!..., desde entonces dejó su casa que era la vecindad y se trasladó a la nuestra. Sale del agua, siempre tan triste y silenciosa, en ella brota el amor y la soledad en una sola palabra. Se sentó a la orilla de mi cama y me preguntó cómo me sentía, me trajo una medicina y me dio de beber, su agua es siempre dulce. Sólo se le ve sonreír cuando se le atraviesa el “patojo que ríe”. Tiene tal vez un año, pero es velocísimo para gatear, casi siempre deja un pañal tirado y cuando a Sombrecita se le escapa recogerlo, mamá tiene que lavarlo al día siguiente y dejarlo bajo la cama para que lo tome de nuevo, la madre del patojo. La risa de este muchachito es ligera y sonora, es como un engranaje que hiciera rodar todas

las cosas hacia la alegría, pero es siempre muy fugaz, desaparece bajo las camas.

Después de medianoche comenzó el juego con las bolas de hierro. Era una especie de boliche en el que nunca caían las botellas. Las bolas corrían por toda la casa, hasta debajo de mi cama venían a parar rebotando contra las paredes. En aquel juego se hallaban empeñados casi todos mis espantos: los dos que se mataron a cuchillo, en la esquina, un Sábado de Gloria; el payaso que se murió de viruela y que lo enterraron, sin dar aviso, en el centro de la carpa, dos días antes de que el circo partiera; el sacristán que se cayó del campanario; los hermanos fusilados cerca de La Barranquilla...

Ya casi con el alba en la nuca, don Banduleyo fue de cuarto en cuarto, leyendo en los rincones con la cara hacia la pared, el bando que ordenaba suspender las actividades. Todos se fueron por el corredor, sólo don Chepe continuaba quejándose en el comedor. Era posible que a mi madre se le hubiera olvidado dejarle su agua de cardosanto. Me levanté y fui a socorrerlo. Cuando llegué, el poeta recogía sus últimas cuartillas protestando porque don Chepe había derramado el agua sobre los papeles a causa de estar pipiriciego y “esa su maña de estar buscando a tientas”. Le serví otro poco de remedio y, ya más aliviado, se fue tras el poeta escapando al primer tumbó de claridad que entró por el corredor...

Entre los cafetales, el grillo-policía prolongó su último silbatazo dando paso quizá a la postrera luciérnaga y se acostó a dormir. Allá en la lejanía, los trenes comenzaron a salir para alguna parte, mientras en una calle aledaña pasó La Llorona alargando su chillido y arrastrando su pelo de llovizna.

Todo se movió hacia otra escena. Los pajaritos salieron con sus gorjeos por delante, un golpe de rosicler se rajó en la ventana y mi madre entró despacito en el cuarto con una taza de leche caliente y una palanganita de agua tibia. Antes de quitarme el termómetro me preguntó si había dormido bien, y le respondí: ¡Excelentemente!...

